
Paola Hernandez
LA NOCHE 82
Hampstead Heath Books

La noche 82
Paola Hernández

Hampstead Heath Books

Arte de la cubierta: Hampstead Heath Books
Diseño de la colección: Hampstead Heath Books
Para más contenido, visita: www.hampsteadheathbooks.com

Primera edición de Hampstead Heath Books, marzo de 2024.
Editor jefe: Juan David Rodríguez Lozano

Para compras al por mayor de esta y otras obras de Hampstead Heath Books, por favor comunícate con al correo: info@hampsteadheathbooks.com

¿Alguna vez te has preguntado quién serías ahora si nunca se hubiera roto tu alma, si nunca hubieras creído que ya no podías más? Quizás no sabrías verdaderamente lo que es amar la vida, quizás no lo intentarías a diario. El mundo sin amor no es más que un campamento en el desierto. Tú eres una nave en medio del océano, buscando un rumbo en ti misma, suspendida entre el aquí y el ahora.

Introducción
Hojas amarillas

Soy Abirth Ahmat, en este momento tengo cuarenta años, soy enfermera y quiero contarte mi historia para que algún día la leas.

Hoy es 14 de abril del año 2022 y estoy en la UCI del Hospital de la Misericordia de Bogotá. Como todos los días, necesito verte. Espero una buena noticia con desesperación, pero lo que espero con más desesperación es que los médicos no me vayan a dar una mala noticia.

Naciste el 11 de marzo de 2012, de mi vientre, en este mismo hospital. Hoy, diez años más tarde, te encuentras en la cama número cuatro de la Unidad de Cuidados Intensivos, un lugar apartado donde todo se mantiene impoluto, desinfectado y esterilizado las veinticuatro horas del día. Paso gran parte del día en tu cercanía. Si fuera por mí, nunca me iría, pero a veces debo hacerlo.

En estas noches me han acompañado unas hojas de un cuaderno amarillo y un esfero que cargo dentro de mi bolso. En el tiempo que estoy aquí a tu lado y en las noches que se me hacen tan largas e incómodas, puedo plasmar cada historia que quisiera contarte. Tengo la esperanza de que el día menos pensado despiertes y puedas leerlas. Hijo, yo soy una de esas personas que solo puede aclarar sus ideas a través del papel.

Antes de ingresar a la UCI, como es costumbre, me lavé las manos con jabón quirúrgico. Llevo una manilla hecha en plata, con las letras de tus iniciales J.P.J.A, talladas en ella. La tengo puesta desde el día que naciste y nunca me la quito. La oculto bajo los guantes de látex que son obligatorios para entrar aquí. Todos los días me hacen cambiarme: debo ponerme unos zapatos, un gorro para el cabello y una bata.

Todos los días tomo tu manito y la sostengo sobre la mía mientras escucho silenciosamente los monitores. Es algo tan curioso: aquel pitido es el sonido de la vida, o por lo menos de tuya. Mientras escuche ese pitido sabré que aún sigues aquí. Me preocupo mucho. Estas últimas dos noches te he visto más pálido. Hoy, a eso de las tres

de la madrugada, cuando pasó la enfermera de turno a revisarte, le pregunté por qué tu piel había tomado un color tan blanco.

—Se encuentra estable. Mañana el médico le dará un informe de su estado —dijo ella.

“Se encuentra estable”.

Esa era la frase que me daban todos los días: no había ni avance ni deterioro en tu salud. Respiras por un ventilador conectado a tus pulmones, tienes cuatro bombas de infusión, una sonda nasofaríngea que te alimenta, una sonda urinaria, y un dispositivo de ostomía, pero te encuentras estable. Esa terrible estabilidad ya se volvió una costumbre. No sabes cuánto espero que puedas salir de ese estado… y te esperaré, mil años si hace falta, y te contaré mi vida en estas páginas para que, así yo ya no esté cuando despiertes, puedas conocer un poco a tu madre.

1
Madres y padres de la UCI
(Abirth)

Te solté la mano, me senté junto a la silla de plástico al pie de tu cama y saqué mi compañía, las hojas amarillas y el esfero.

Mientras iba trascribiendo cada una las líneas en aquel cuaderno viejo, mi cabeza se sentía embotada. Escuchaba un tintineo permanente que resonaba más allá de la máquina, en mi propia cabeza, y supuse que era el cansancio del día. Tenía los ojos pesados del afán del día y los múltiples compromisos, diligencias de hospital. Mis brazos estaban agarrotados, y tenía calambres punzantes en mis piernas: no era nada más que mi cuerpo pidiendo descanso, un suspiro de quietud y una desconexión terrenal a esta tempestad de circunstancias. Sabía que estaba llena de oscuridad, temor, e incertidumbre.

Sin previo aviso, caí vencida por el agotamiento que se apoderó de mí, como una bruma que poco a poco invadió mis sentidos y me dejó suspendida en los brazos de Morfeo, en los cuales entré en un escenario onírico de ráfagas luminosas amarillas y verdosas, de ventanas en el espacio donde podía ver fragmentos del pasado, huellas de mi memoria, como la tinta seca de un papel, de eventos lugares, sensaciones y olores de algún momento más feliz.

Desde el momento en el que caíste en aquel coma profundo, nada volvió a ser lo mismo para mí. Todas las noches parecían iguales, y a veces me costaba trabajo distinguir entre el día y la noche. Las noches en los hospitales son largas. Parecería que el tiempo se detiene. Siempre me sentí como atrapada en un reloj de arena gigante.

La neuropediatría propuso muchos tratamientos distintos. Recuerdo una vez en que se llevaría a cabo un proceso que consistía en retirarte la ventilación mecánica por unos minutos para observar si los músculos de tus pulmones podían respirar por sí mismos. Si pasados sesenta segundos, no lograbas respirar nuevamente, se procedería a entubar, pues la falta de oxígeno podría causarte una

hipoxia cerebral con daños mayores a su sistema neurológico y motor.

La habitación se llenó de médicos vestidos con batas blancas y libretas de apuntes, y jóvenes estudiantes de medicina.

El procedimiento fue cuidadoso. Poco a poco, retiraron cada uno de los mecanismos que te mantenían con vida y el monitor titubeo lentamente hasta formar una sola línea recta. En ese momento empezó la cuenta regresiva. Contaban de atrás hacia adelante, cada segundo, mientras un cronómetro marcaba cada centésima y mantenían la mirada fija en tu pulso. Había una luz sobre tus ojos, apuntando a tus pupilas dilatadas. Recuerdo que, faltando unos segundos, una lágrima salió de tus ojos. Me emocioné, pero el doctor explico que las lágrimas no son más que un reflejo y no representan nada en el estado que tú te encontrabas. Aun así, me dolió verte llorar, ¿qué tal si llorabas por desesperación de estar en ese hospital?

Me lancé sobre tu cuerpo, lo abracé, y te hablé como cualquier madre a su hijo, intentando saber si estabas bien. El doctor me tomó del brazo y me separó de ti.

—¡Recuerde por favor en su estado no puede escucharla!

Volvieron a entubarte. Pusieron los mismos mecanismos y monitor cambio su línea recta por movimientos ascendentes y descendentes para indicarnos que nuevamente había vida, si es que a eso se le podría llamar vida, claro. Los médicos cerraron sus libretas de apuntes y salieron en fila. El último tocó mi hombro y dijo:

—Esta vez no obtuvimos un resultado favorable… pero seguiremos intentando.

Recogí rápidamente mis cosas para salir de la habitación, pues era la hora del cambio de turno. Yo me quedaba de noche, y durante el día, una enfermera particular te acompañaba. Escuché algunos débiles aplausos. Volteé a mirar a mi alrededor y vi a los familiares de los otros pacientes. Todos nos dábamos apoyo entre nosotros. ¿Qué más podíamos hacer?

Entre ellos, había una mujer alta, de contextura robusta y cabello rubio. Ella era la madre de una niña que también estaba en UCI.

—¡Vea pues! ¡Los médicos están proponiendo cosas para tu hijo! —dijo—. Alégrese de eso, no pierda la fe, compañera.

Y me abrazó. Otros familiares de pacientes se acercaron y se unieron al abrazo. Entre aquellos abrazos, percibía sus aromas de cansancio de la noche anterior, pero una fragancia me llamó la atención: era un perfume de hombre, muy masculino. Levanté la mirada e intenté ver los rostros de la gente que estaba allí. Cuando se llevan treinta noches seguidas, uno termina por reconocer al personal del hospital, a otros pacientes, y a sus familiares.

Vi a la señora rubia, a una enfermera que cuidaba a un niño de diez años, a una abuela que cuidaba a un adolescente, a un par de

señores elegantes, pero no supe de quién era el perfume. Levanté mi mano para despedirme mientras la señora mona me gritaba:

—¡Mija, el niño va a mejorar *ome*! —su voz me hizo sonreír.

Sí, al menos intentaban cosas, pero era difícil no perder la esperanza.

Días antes, me había llegado una carta de una prestigiosa clínica de Estados Unidos, en la que estaban interesados en estudiar tu condición. Tú eras un caso muy raro. Entre cada siete millones, tu caso apenas se presentaba en treinta mil personas. No es genético, ni heredado de tus padres; es una mutación en el gen ATP7B que se da durante la fecundación.

Acepté la propuesta de la clínica de Estados Unidos, pero eso también fue un fracaso, pues pronto recibí un mensaje del médico tratante:

"La condición del paciente no permite un traslado. Su estado actual es crítico".

***

Descendí a la cafetería del hospital en aquella mañana lluviosa y fría. Mientras esperaba a la enfermera que se quedaría contigo durante el día, pedí una aromática de frutas que pudiera calmar la de angustia que sentía al ver que nada funcionaba. Se me llenaban de lágrimas los ojos frente a al mostrador de la cafetería. Había días más tranquilos y otros, como ese, en el que era embargada por la desesperanza.

En ese momento sentí nuevamente la fragancia de antes en la sala UCI. Un hombre me sonrió mientras yo intentaba limpiarme las lágrimas. Pidió un café sin azúcar y se acercó a mí:

—¿Podemos sentarnos los dos? —preguntó. Asentí con la cabeza.

Tomé mi aromática y le puse azúcar mientras lo esperaba a él.

Nos sentamos en una mesa apartada de las ventanas y los pasillos, confiando en que hiciera menos frío, pero eso era imposible. Él tomó su teléfono celular y atendió una llamada:

—No tienes por qué dejarla. Aún te quedan muchas cosas por hacer, no te preocupes. Chao. Que estés bien. Feliz día.

Nuevamente volvió a mí.

—Discúlpame si hablé muy fuerte.

—Tranquilo.

—Soy John. Desde hace días te había observado mientras escribes en la UCI en las noches.

—No me había fijado —le dije. Era verdad: a veces yo no lograba percibir lo que estaba pasando a mi alrededor, mucho menos en aquellas incómodas noches—. ¿A quién acompañas tú?

—A mi hijita.

Me cautivaba su aroma, aún más que su físico. Tenía los dientes perfectamente alineados, una barba arreglada, y una piel tersa. Él no me miraba demasiado, estaba concentrado en su café.

—Eres una mujer bella —dijo de repente—. Hoy es mi día de la suerte, no solamente porque logré conocerte, sino porque una familiar volverá del extranjero y tendré más apoyo con mi niña. Ella trabaja para la ONU. Es doctora.

El tiempo pasó entre tímidos chistes y risas. Nos tomamos cinco cafés y cuatro aguas aromáticas, y me pregunté cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había tenido una conversación normal con alguien. La verdad es que yo estaba tan inactiva como tú. Yo también estaba sepultada en una cama de hospital.

Me despedí después de un rato. Él tomó mi mano y me dejó escrito su número de teléfono.

Entregué el turno a la enfermera. Ya estaba familiarizada con Yesica, y sabía que ella cumplía su labor de cuidadora con el mayor esmero. Uno de los pediatras me la había recomendado. Decía que ella era experta en este tipo de pacientes.

Nos despedimos en la salida del hospital. La calle olía a marihuana que consumían los habitantes de calle del sector. Caminé hacia la avenida Caracas y tomé un taxi en dirección a mi casa en el barrio Santa Isabel.

Al llegar a la casa, me recibió mi gata parda de ojos verdes, moviendo la cola. Se llamaba Kitty. Me arrodillé y la levanté en mis manos. Ella intentaba lamerme la cara, dándome la bienvenida y el apoyo que tanto necesitaba.

Saltó de mis manos e intentó treparse en mi moto que estaba en el garaje. La puse sobre el sillín y maulló dos veces sobre mi Yamaha FZ azul oscuro. Era una moto de 250 centímetros cúbicos. Hijo: las motos han sido mi pasión por mucho tiempo. He montado por más de diez años y viajado por las carreteras de Colombia. Mi moto estuvo guardada por un tiempo, mientras ambas esperábamos a que estuvieras mejor. La verdad es que me sentía demasiado nerviosa para montar esos días. Cuando la hospitalización comenzó, yo iba y venía en moto, pero una mañana no presté la atención necesaria en la vía: era tal mi cansancio que arranqué antes de que el semáforo cambiara y por poco arrollé a una señora; otro día, tuve un microsueño mientras esperaba a que el semáforo cambiara y me despertaron los pitos de los carros y los insultos de sus conductores. Sabía que no estaba en condiciones óptimas para manejar ningún vehículo.

Eso sí, los maullidos de Kitty me recordaban lo importante que era mi moto para mí.

Vi bajar por las escaleras al chico al que le había arrendado uno de los cuartos de mi casa. Me saludó y me preguntó cómo seguías.

Animada por Kitty, me acerqué a la moto.

—¿Piensa volver a usarla? —me preguntó con interés.

Me pregunté si debía y subí en dirección a mi alcoba.

Frente a mi alcoba estaba la tuya. No pude evitar entrar y pasar un rato ahí. Revisé tus juguetes, que estaban tirados tal cual los habías dejado. Estaba tu carro azul oscuro de control remoto. Sus enormes llantas emitieron luces de colores al encenderlo y andar. Allí estaban tus figuras de madera que tanto usabas para jugar, formando torres que caían rápidamente ante tus risas por haberlas derrumbado.

Tomé el espejo que reposa sobre tu mesa de noche y miré cómo había cambiado mi piel tersa y cuidada a la que le había dedicado, por más de una década, largas sesiones de belleza, cremas y productos, y ahora era solo era el reflejo de noches en vela y descuido propio. Mis párpados eran negros y mis líneas de expresión eran más pronunciadas que nunca, especialmente bajo mis ojos.

Aquella mañana, sin embargo, sentía un sutil cambio en mí.

Aunque tus lágrimas no hubieran significado nada para los médicos, para mí sí tenían un significado: me decían que aún estabas aquí y no en el mundo de los ángeles.

Al verme en el espejo, recordé cuando John me había llamado "una mujer bella". La imagen me mostraba lo contrario, ¿qué podría haber visto en mí?

Pasé un rato sentada sobre tu cama tendida con el cubrelecho de Spiderman, tu superhéroe favorito, y una de las primeras frases claras que habías pronunciado: "soy Spiderman". Pasaste momentos muy gratos mirándolo en la televisión, o jugando con tus muñequitos.

Me levanté de tu cama y me marché a mi cuarto cuando era el momento. A veces los recuerdos gratos invaden tu mente y evocan emociones que no podemos controlar. Yo no podía perder el control de mi misma: aún debía cuidarte.

El día trascurrió con normalidad. En las mañanas intentaba dormir un poco, luego cocinaba, y en la tarde hacía diligencias, algunas médicas y otras de la casa o la vida en general. A las 6:00 pm ya me encontraba lista en el hospital, esperando a que Yesica saliera a contarme cómo estabas. En ese momento le pagaba por su estadía. Ella cobraba mucho más por quedarse de noche, por lo que era mejor pagarle el turno del día. Los gastos de un hogar se disparan cuando hay un familiar enfermo.

La enfermera salió contenta. Pareciera disfrutar su trabajo y estaba muy encariñada contigo. Me contó, como todos los días, que te bañó, te leyó tus historietas de Spiderman que no puedes escuchar (aunque confiamos en que sí). Me informó que ese día había ocurrido una novedad en el hospital: la UCI respiratoria se había quedado parcialmente sin electricidad y los pacientes habían sido trasladados a

la UCI de neuropediatría mientras el hospital lograba dar solución. Esa noche no estaríamos junto a los pacientes, y para ello habían puesto una silla afuera en el pasillo con el número de la cama, y solo podríamos ver al paciente a través del vidrio. Resignada, me senté en la silla marcada con el número de tu cama.

Todos los familiares permanecíamos allí sentados, y terminamos entablando conversación:

—¡Ay, no! ¡*Imaginate* eso tan charro! Hoy nos tocó aquí afuera —me extendió la mano—. Mija, yo me llamo Martha, ¿y vos?

—Soy Abirth.

Fue bonito hablar con ella. Me contó que provenía de un municipio cercano a Medellín, llamado Río negro, que se llamaba así porque un teniente y un capitán que inspeccionaban la región del Valle de Aburrá vieron un nacimiento de aguas mansas que cruzaban la selva, y era un escenario un tanto oscuro y sombrío. Aquel nacimiento de agua aún puede verse desde la salida del pueblo. Me dieron ganas de ir a conocerlo.

Martha me dijo que me invitaba para que fuéramos cuando tú te recuperaras. Me contó que tenía dos hijos mayores, además de Emily, su hija de cinco años que estaba allí porque padecía un cáncer cerebral.

Martha no lograba entender cómo ni cuándo había llegado a esa situación. Cuando la niña tenía tres años, dijo que le dolía la cabeza.

—Y desde entonces el cáncer no nos ha dejado —replicó. Su voz se quebraba de tristeza—. En Medellín hay muchos hospitales, pero el mejor para este tratamiento es este. Mis otros dos hijos están sanos, pero hace más de un mes que no los veo. Yo les explico lo que sucede y ellos parecen entender, pero hoy mi esposo me llamó a decirme que se están comportando mal. Él sale muy temprano a trabajar y tampoco puede estar con ellos. Nosotros vendemos postres en un barrio del pueblo. Son deliciosos: vendemos esponjado de maracuyá, *cholaos*, arroz con leche… ¡dejá que te voy a traer uno para que probés las delicias de la tierra.

Me dejé llevar por su historia y por un momento olvidé la mía. Ella era conversadora y de buen humor. De alguna manera, se reía de su situación.

—Bueno pues, no te voy a aburrir más con mi historia —dijo entre risas, mientras se maquillaba los labios a aquella hora de la noche—. Hay que siempre estar regias mija, por si las moscas.

—No me aburre su historia, ¿cómo cree? Lo que más me asombra es la actitud que le pones a la vida —le dije, con sinceridad.

—Yo soy así. Hasta amañada estoy de contar.

—Yo también de escucharla —le dije con una sonrisa—. Voy a traer un par de tintos.

—¡Vamos!

Nos fuimos buscando la bebida típica de Colombia, mientras hablamos conversábamos. Al final del pasillo estaba John. Como siempre, emitía aquella fragancia. Estaba sentado frente a su hija. Nos saludamos brevemente y yo continué el recorrido con Martha y las tazas de café, mientras ella me contaba lo que le había dicho su esposo sobre sus hijos, y cómo se sentía de no poder hacer nada por ellos, de no poder estar pendiente de ninguna manera.

Me sentí identificada con ella. Éramos madres haciendo lo mejor que podíamos, pero dependíamos completamente de algún avance científico o un milagro. Ya casi amanecía, y esa noche no te escribí nada.

Antes de acabar el turno, le propuse a Martha ayudarla: si ella quería, mi enfermera podría cuidar, estar pendiente de su hija en el día y yo en la noche mientras ella iba a ver a sus otros dos hijos. Ella pensó que le estaba haciendo una broma:

—¿Cómo se te ocurre a vos que te voy a molestar así? ¿Vos a qué hora vas a escribir? Todos sabemos que usas las noches para escribir en tus hojas amarillas.

Al igual que John, ella también me había observado.

—¡Pierda usted cuidado! Estas noches, mientras vuelve, las dedicaré a cuidar a ambos —era una oportunidad de ayudar a alguien que compartía la misma incertidumbre y dolor que yo.

Finalmente, aceptó, me dejó las indicaciones, me presentó con la niña y le explicó que yo estaría a cargo de su cuidado por un par de días. Me dejó todos sus datos.

***

A las siete de la noche regresé al hospital. Mientras esperaba que la enfermera bajara, vi cómo varias personas ofrecían juguetes para niños, globos en helio forrados con plástico en forma de superhéroes y princesas, y pelotas de colores trasparentes que, al ser lanzadas sobre el piso, formaban un arcoíris de colores. Me pregunté si sería buena idea llevarle alguno de esos artículos a la pequeña Emily. Supe que no tendría sentido llevarte uno a ti.

Lo reflexioné varios segundos y decidí comprar varios juguetes. La vendedora me ofrecía cuanto se le ocurría. Me armó una bolsa grande llena de juguetes que ella misma casi no pudo amarrar. Tomé dos globos con rostros de princesas de Disney.

Yesica bajó unos minutos más tarde de lo acostumbrado. Me informó que el día había trascurrido en la normalidad. Los pacientes respiratorios ya habían regresado a su UCI. Los Tú no habías tenido ningún avance ni retroceso en tu salud, y ella dijo que había

disfrutado mucho la compañía de Emily.

—La niña habla, llora, canta, baila… se queja por ratos. Dice que le duele el brazo a ratos —expuso Yesica.

Ingresé a la UCI. No encontré nada raro al llegar a tu cama. El monitor revelaba que estabas con vida, aunque siempre me pregunté dónde estaría tu mente… o tu alma, tu yo más allá de tu cuerpo.

Emily me sonreía. Sus ojos miraban los globos que yo traía, preguntándose si eran para ella. Caminé hacia su cama tras darte un beso en la frente. La niña recibió cuerda de nylon con alegría y jugó con su globo. La saludé, le recordé que estaría bajo mi cuidado esa noche y que su madre estaba visitando a sus hermanitos.

—Muchas gracias —me dijo con timidez.

Al otro lado estaba John con un libro en su mano, leyéndole a su hija que estaba despierta escuchándolo esa noche. Me acerqué a conocerla. Era una niña rubia de ojos verdes, piel blanca y mirada expresiva. Saludé a John y pasé derecho hacia su hija para entregarle el otro globo.

Ella se bajó de la cama y tomó el hilo con alegría, miró a su padre y le mostró el regalo. Les dediqué una sonrisa a ambos y me retiré a cuidar a Emily.

Saque de la bolsa los juguetes, y los pusimos sobre la cama.

Emily jugó a ser vendedora. Yo le compraba los juguetes.

—Allá en Rionegro yo vendo con mi papá, y doy las vueltas las personas. Por la noche, él me regala monedas para mí, y con eso me compro mis dulces.

En el juego, ella me pedía que le pagara para tener dinero para seguir vendiendo. Así pasaron las horas que ya no se sentían eternas. Por momentos, iba a verte y me quedaba un rato contigo. Luego volvía con Emily.

A las 11 de la noche sonó mi celular. Era Martha haciendo una videollamada. Le contesté y fui a ver a Emily. Al otro lado de la pantalla, sus hermanos mayores saltaban de felicidad. Ella se quitó el gorrito de su cabeza y les mostró que se le había caído el pelo. Ellos le hacían bromas porque todos estaban iguales de calvos. La niña se reía y les contaba que, esa noche, la señora que la estaba cuidando había traído unos regalos para ella. Su padre le dijo que pronto se verían su amado Rionegro y que ya estaría con él, vendiendo postres.

Martha finalizó la llamada diciéndonos que en ese instante saldría a la terminal de transportes. La niña se fue a dormir después de recibir su medicina.

No me despedí de ella a la mañana. Preferí dejarla durmiendo mientras cambié de turno con Yesica. Su madre volvería en la tarde.

Esa mañana tuve que salir a renovar la orden con la Entidad Promotora de Salud para que pudieran seguirte atendiendo. Aquella

mañana me enteré de algo horrible: lo máximo que podrías permanecer en una UCI con el parte médico que tenías eran noventa días de no lograr ver avances en tu estado de salud. Después de eso, entrarías a un estudio con una junta médica especializada para definir tu suerte.

Me sentí furiosa. No podía creer la crueldad del mundo… pero tampoco quería que vivieras tu vida entera allí: eso no era vida.

Fui a casa a descansar.

Esa tarde dormí en tu cama.

***

Martha ya estaba de vuelta en el hospital cuando regresé.

Me sorprendí cuando sacó unos postres de su mochila y me los entregó. No teníamos permitido comer en la UCI, así que guardé mi postre de maracuyá en mi bolso.

Martha me agradeció con abrazos y alegría el haber cuidado de Emily. Me preguntó si me había pasado algo ese día, pues parecía preocupada, según ella.

Aquella noche se tejió una larga conversación. Ella me dijo que ese día le habían suministrado la última quimioterapia a Emily. Al día siguiente le harían una resonancia magnética y, dependiendo de sus resultados, podrían trasladarla a Medellín para estar más cerca de casa.

Me alegró mucho saber que ella quizás tendría un final feliz muy pronto. Le conté lo que me habían informado, que si no despertabas en sesenta días, posiblemente te desconectarían.

—¿Qué enfermedad es la tiene tu muchacho? —me preguntó.

—Se llama síndrome de Mowat Wilson. Es una enfermedad poco común. Hay alteraciones a nivel motor y cognitivo. A Juan Pablo se la descubrieron cuando era muy pequeño, pero estuvo bien todos estos años. Su vida trascurría sin complicaciones, aunque su edad mental era la de un niño de cinco años. Físicamente, no tenía alteraciones. La genetista estaba aterrada de sus avances, ya que él podía caminar y jugar con otros niños con naturalidad. Hasta el día de la crisis, los niños están bien. Un día convulsionan antes de levantarse. Siempre estuve pendiente y me levantaba primero que él para ver que todo estuviera en orden, pero una noche convulsionó a las tres de la madrugada. Cuando me di cuenta, pedí auxilio a los inquilinos de mi casa. Me trajeron en un taxi de urgencias, pero desde ese momento los médicos decidieron entubarlo y el permanece en ese estado. No se ha podido saber cuáles han sido los daños a nivel neurológico.

—¿Y dónde está el papá?

Hice un sonido y negué con la cabeza.

—Su padre nos dejó desde que Juan Pablo era un bebé. No pudo resistir la noticia de la enfermedad del niño y se largó. Yo me metí a estudiar enfermería para poder con los gastos y además asistir a mi chiquitín si era necesario.

Ella me miró fijamente y me dijo:

—Vos sos una berraca. No te preocupés, que este muchacho se ve berraco como vos. Ya verás cómo sale de esto. Y los esperaremos con mi familia allá en Rionegro. Les hacemos el tour por todo Medellín con los muchachos.

Martha me transmitía una seguridad que no daba lugar al miedo o la inseguridad. Se maquillaba todas las noches, su cabello siempre tenía su *blower*, y permanecía de buen humor a pesar de las circunstancias. En ese momento, me di cuenta de cuánto iba a extrañarla.

Se acabó la conversación. Martha regresó a Emily, y yo descansé mi cabeza sobre tu torso, intentando conciliar el sueño. Dormí unos minutos. Soñé que estabas jugando en un parque. Desperté asustada, pensando que en realidad estaba allí y que el hospital era el sueño.

Se avecinaba una época difícil: los médicos eran conscientes del ultimátum que habías recibido y tenían la urgencia de ayudarte. Durante la semana, te vieron el cardiólogo, el neurólogo, y el endocrino pediátrico, todos con proponiendo nuevos procesos. Además, te pusieron fisioterapia, pues no podíamos dejar deteriorar tu cuerpo.

Aun así, los neurólogos siguieron sin encontrar avances.

2
Libros y motos
(John)

Estaba en la esquina de la primera con caracas. Me dirigía al parqueadero de los automóviles y motos para retirar la Ducati Icon Lar, uno de los más preciados tesoros materiales que había adquirido, fruto del compromiso, la perseverancia y el pensamiento crítico con el cual había sido dotado y que me había permitido ascender en ciertos círculos académicos del país.

Mientras recibí el tiquete del parqueadero, la vi de nuevo. Aquella mujer que compartía el mismo dolor que yo. Estaba en la esquina de la avenida caracas, junto al cruce peatonal para ingresar en la Estación Hortua del sistema masivo de transporte, Transmilenio.

Nuestras miradas se encontraron. Le hice una seña para que me esperara en la acera de la avenida.

—¡Hola! ¡Gusto verlo de nuevo! ¿Cómo van las cosas? —me saludó ella.

—Ahí vamos, como para no preocuparte —le respondí. Era la verdad. ¿Qué tan bien está alguien que tiene a su hija en el hospital?

—Desde luego —dijo ella, mirando hacia la estación.

—Muchas gracias por el globo. A mi nena le gustó mucho —le hice saber—. ¿Cómo está Juan Pablo?

—Pues los médicos dicen que debe seguir en observación. Sigue estable —dijo, pero parecía preocupada por algo más.

—¿Y para dónde vas? —le pregunté, mirando hacia el Transmilenio.

—Hacia chapinero —dijo ella.

—Ah, bueno, yo voy por las caracas hacia el norte. Si quieres te acerco.

—¡Ay! ¡Me da vergüenza!

—¡Tranquila! Ya te paso el chaleco y el casco.

—Muchas gracias.

Unas cuadras más adelante, llegando al cruce del parque Tercer

Milenio, nos detuvimos por el cambio del semáforo. Yo tenía que ir al lanzamiento del libro de un amigo y joven escritor: Bernardo Ruiz, sociólogo de la Universidad Nacional, con el cual tuvimos la oportunidad de desarrollar algunos años atrás, un trabajo en el ministerio del interior con una comunidad Nasa en los municipios de Toribio, Páez y Caldono, en el departamento del Cauca. Allí, durante tres años, compartimos con los líderes sociales y sus grupos familiares; conocimos la riqueza cultural del legado de la comunidad Nasa, sus tradiciones, sus costumbres y creencias anteriores a la colonización española del Valle de Cauca.

Bernardo logró aplicar para recibir recursos de Colciencias para nuevas investigaciones etnoculturales. Con esto, había escrito diversos ensayos y el libro que se lanzaría ese día: Los secretos de Itaky, se titulaba.

Cuando nos detuvimos, le pregunte si quería acompañarme a la Casa de Poesía Silva, en el centro histórico de la ciudad, donde el mismo Bernardo estaría compartiendo con amigos, colegas y representantes de Colciencias y el ministerio de educación. Ella, aunque un poco retraída, accedió.

Supe que no estaba interesada, pero me pareció que no quería marcharse aún.

Una vez llegamos a la Casa de Poesía Silva, nos anunciamos con el personal de seguridad. Ingresamos a este lugar icónico, epicentro obligado de espíritus literatos, bohemios, y pensadores, desde el propio José Asunción Silva, un precursor del modernismo, costumbrista, y un referente inevitable de nuestra literatura colombiana que con su poema nocturno cautivó a generaciones de jóvenes románticos y a sus almas gemelas.

Mientras esperábamos a que llegara el invitado de honor, bebimos un delicado champán francés que la casa ofreció a los invitados. Observé la foto de Elvira sobre una de las paredes de la casa.

—¿Qué piensas de los amores imposibles? Dicen que estos amores pueden llegar a cegar, enloquecer, pero también ennoblecer a las personas. ¿Qué piensas?

—¿Y el amor por los hijos? —preguntó ella—. ¿Pueden llegar a ser amores ciegos?

Mi instinto y alma de sofista no podía resistirse cuando, desde la cotidianidad de la existencia y en el momento menos pensado, florecían semejantes perlas discursivas que deben ser debatidas, ampliadas, y si es posible, debemos sumergirnos en ellas. Así fue que entramos en el calor de un ameno y direccionado diálogo donde se llegó hasta citar a uno de los pensadores presocráticos, Parménides, y cómo él proponía que los seres eran eternos e inmutables, y que los cambios que percibimos son solo un producto del engaño. Ella sonrió

por un momento y dijo:

—¡Algo ridículo de pensar!

Los minutos siguieron su eterno transcurrir y fue cuando, en medio de este pequeño debate, salió la analogía de que los seres son mutables y que esto lo vemos en la paradoja de la liebre y la tortuga, la historia donde el poderoso, ágil y veloz héroe Aquiles, conquistador de la ciudad de Troya compite con una insignificante, lenta y paciente tortuga en una carrera de fondo de un estadio de largo, y por más que intenta pasarla, nunca lo logrará.

Logré robar una sonrisa de su rostro y un comentario adicional:

—Entonces, ¿tu Ducati es Aquiles o la tortuga?

Ahora ella me había sacado una risa.

—Buena pregunta. Quedé paradójico —dije—. Pero dime, ¿sabemos de motos?

—Algo. Fui motera un tiempo. Tuve una Boxer CT 100 y una Husqvarna TE 300. Salíamos con un grupo de amigas a rodar por las carreteras de Colombia. Fuimos a Tunja, Bucaramanga, el desierto de la tatacoa, Ibagué y, lo más lejos y extremo, a Nariño. Puedo decir que esa experiencia fue maravillosa. ¿Te apasionan las motos?

—Sí —respondí—. Además de la Ducati, tengo una Nexon 901 y una Husqvarna FC 350.

—¡Uy! ¡Esa última es una bestia para correr!

—Sí, más o menos. Hace unos dos años, hacíamos piques en la 170 con Boyacá los jueves por la noche, hasta que uno de los velocistas se accidentó y la ley empezó a vigilar más esas actividades. La moto corre bien, eso sí.

—¿Por qué tantas motos?

—Me han gustado desde niño. Yo vengo de Cartagena. La manía que teníamos todos los muchachos por tener las mejores motos era mucha. Para aquellas épocas, tener una DT o una Vespa era todo un símbolo de estar a tono con la colegiatura o tus amigos de barrio. Recuerdo que también hacíamos piques y apostábamos algo de dinero para ver quién ganaba. Había gente que *envenenaba* la moto, le colocaban un *chicler* un poco más grande y un toque de gasolina de avión para darse ventaja.

—¡Qué tiempos aquellos!

—Épocas de desenfreno y locura. Mis amigos me decían el Negro, pero todo va cambiando: la vida va cambiando y poco a poco vas a otros lados a conocer, a vivir, a probar, a morir y cuando encuentras una gran fuerza, alegría y bondad en tu corazón, o cuando te sientes libre y sin contradicciones, ahí es cuando agradeces en tu interior.

—Qué profundo. Muy filosófico.

—Solo alardeo. Aunque sí tengo título universitario en filosofía y letras de la Universidad Nacional de Colombia, doctorado en

Humanidades y Derecho Internacional humanitario de la Universidad Santo Tomás, y fui Asesor ONU en el escenario del Acuerdo de Paz en el Gobierno Santos. Ignórame. Estoy alardeando de nuevo.

—¿Y en el amor, qué? ¿Hay alguien en tu vida? —me preguntó.

—El amor de mi vida ya lo conoces: es ese angelito que está allí en el hospital, esperando que pueda encontrar luz de vida para todas las complicaciones por las que ha pasado en los últimos meses que ya te conté.

—¿Y la mamá de ese angelito?

Pero, en ese instante, entró el invitado de honor: Bernardo Ruiz Saavedra. Un fuerte y caluroso aplauso resonó y la tertulia inició.

Fue un evento muy agradable. Me gustaba conectar de nuevo con algo que pudiera considerar mío. La vida de un padre que tiene a su hija en peligro se pone en pausa, y aunque se haga lo que se debe, el duelo siempre se lleva por dentro.

Después de un par de horas, dejé a Abirth en la estación que le resultó conveniente y regresé a mi casa.

***

La próxima vez que la vi, fue de nuevo en la Caracas con primera. El barrio San Bernardo, que en décadas pasadas había sido uno de los vecindarios más peligrosos y de mayor detrimento social de la ciudad, ahora sufría dramáticas transformaciones arquitectónicas y urbanísticas bajo los nuevos gobiernos locales de la ciudad. Abirth apareció con su cabello recogido, su metro sesenta y siete de estatura, su piel blanca, sus ojos marrones, y su atuendo casual, algo descuidado: jeans, botas y una gruesa chaqueta para los fríos capitalinos. Quizás fuera el destino que nos encontráramos, pues ese día tenía mucho por contar.

Horas antes había conversado con el doctor Caicedo, un internista que llevaba tiempo en la UCI del Hospital de la Misericordia. Él decía que el tratamiento de mi hija estaba dando resultado.

Sentí cómo renacía la esperanza en mi corazón, como un rayo de luz que disipa la bruma y la penumbra de la muerte. El solo contemplar posibilidad de que mi hija ya no me pudiera acompañar, ya no verla crecer, sonreír, o disfrutar de la aventura que trae la vida, el verla postrada en esa cama de hospital con sus ojitos abiertos, pero que a veces no apuntaban a nada, como en un eterno silencio y vacío, o a veces tan cerraditos y en una aparente, pero agobiante paz, solo acompañada por el respiro rítmico de sus pulmones… todo esto me había destrozado profundamente. Mi interior estaba lleno de angustia y desasosiego desde la primera crisis. Había vivido meses de noches en vela y dolor. ¿Qué es peor que ver cómo sufren los tuyos, y peor aún,

cómo su luz de vida se va extinguiendo poco a poco sin que puedas hacer nada?

Las noticias del Doctor Caicedo llegaban como una luz al final del túnel: al mostrarme los resultados de los electros y el monitoreo de sus funciones vitales durante los últimos días, sentí mi corazón recobrar fuerzas. Sentí que recobraba el propósito y el sentido de vivir.

—Hola, ¿cómo has estado? —le pregunté a Abirth, emocionado.

—Ahí vamos. Llevándola con calma —respondió.

—¿Cómo sigue tu hijo?

—Dicen que sigue estable, que debemos esperar, es que los niños en esta condición… es mejor esperar —me quedé mirándola fijamente —. Los médicos no se ven muy optimistas. Yo estoy muy agotada.

—Entiendo. Mira, quiero decirte algo.

Me miró con atención.

—Desde el día que me acompañaste al lanzamiento del libro de Bernardo, hablamos de aquellas travesías de hace años cuando estábamos dedicados al mundo de las motos, cuando cada pueblo, cada carretera, o cada restaurante, se convertía en una experiencia tan profunda y significativa para nuestra vida. Dijimos que, si la vida lo permitiera, lo repetiríamos, ¿te acuerdas?

—La verdad no —respondió, seca.

—Bueno, no importa. Pensando un poco en lo que necesitamos en este tiempo tan difícil, quisiera que me acompañaras a Villa de Leyva para recordar aquellos viejos tiempos.

—Déjame lo pienso un poco. Han sido largas jornadas. Todavía no sé qué puede pasar con Juan Pablo —dijo, pero luego lo pensó—. También necesito un respiro. Ya no tengo fuerzas.

—¡Anímate! Sé que le vas a sacar el provecho y verás que llegarás con mejor disposición y ánimo para seguir adelante.

Ella guardó silencio un momento.

—Está bien. Voy contigo.

Celebré en mi interior, pero no dije nada.

—Entonces te recojo el jueves en la mañana, apenas salgas del hospital.

—Bueno, en eso quedamos.

***

Mi Hvsqwvana rugía mientras pasábamos la ciudad a toda velocidad. Después del peaje Andes de la autopista norte, contemplamos los extensos terrenos de césped de las poblaciones cundinamarqueses y boyacenses. Había camiones lecheros, buses intermunicipales, caballos de carga, tractores, y pintorescos personajes en ruana y sombrero.

Aquellos ciento sesenta y siete kilómetros pasaron fugazmente en nuestros relojes, pues en mi ser, un sentimiento de esperanza renacía por la noticia de mi hija. Al mismo tiempo, brotaba una sutil atracción por aquella mujer que compartía el mismo dolor que yo.

Poco a poco, fuimos dejando los pueblos de Zipa, Tocancipá, Ubaté, y Chocontá, pasamos por la Represa del Sisga y llegamos al alto de Ventaquemada.

Recordé cuando en las comisiones y delegaciones de la extensión universitaria, veníamos a un sitio llamado El Olimpo, un restaurante típico que ofrecía comidas típicas de Boyacá: almojábanas, arepas de maíz pelado, queso de hoja, queso de cabeza, génovas, y diversas colaciones que los lugareños preparaban para los visitantes y viajeros ocasionales que pasaban por sus puertas. Después de aparcar la moto nos bajamos. Al ver a Abirth al contraste de la blanca niebla de aquella montaña tan verde y llena de vida, entre los campos de colores oscuros o verdes, por los cultivos de papa y arveja que abundan en la región, y al escuchar los motores de los vehículos que pasaban sobre la vía hacia la ciudad de Tunja, me sentí en un sueño: era un ambiente tan distinto a mi nueva cotidianidad de angustia y dolor, de preocupación por mi hija, de rutina de mi trabajo en la universidad, y de eterno vacío de soledad después de que nos separáramos con mi esposa.

Por muchos años no había hecho algo así: tomar la moto y salir impulsivamente en una aventura, la aventura de un motero caprichoso, bohemio, y conquistador de nuevos destinos, uno que no se preocupaba por el tiempo, los compromisos o las obligaciones, aquel que simplemente mira hacia el horizonte, inspirado por un tanque lleno de combustible y acelera hasta que se acabe la última gota. Quería ser como Alejandro de Macedonia. De niño leía mucho en la biblioteca, y me inspiraba su historia, pues Alejandro, desde muy joven, quería llegar al fin del mundo.

Cuando Alejandro alcanzó las cumbres de nieves perpetuas del Himalaya, los exploradores le dijeron que ya no había más camino, y él, con el rostro en tierra, lloró, pues había alcanzado las puertas del palacio de los dioses que honraba y veneraba. Siempre que estaba en moto, sabía que era lo que más recordaría de mi existencia antes de morir.

Fuimos a comer algo. El olor a cacao y chocolate preparado al calor de la leña en una enorme estufa de piedra donde las llamas lamían las paredes de una olleta de aluminio trascendía el escurridizo vapor que llegaba a nuestras narices y nos invitaba a degustar la bebida junto con aquella deliciosa y maciza arepa de maíz amarillo con queso. ¿Qué placer podría ser más grande para nuestros sentidos? Nuestros cuerpos que ya exigían una buena dosis de energía, pero

también un momento para compartir.

—¿Cómo te ha parecido el viaje? —pregunté.

—Muy bueno, ¡tu moto es una belleza! ¿De qué año es? —respondió ella, con entusiasmo.

—Es del 2005. Es una moto de edición limitada; solo se hicieron mil en todo el mundo, y yo tuve que esperar más de un año para que me la entregaran.

—¿De verdad? Es mucho tiempo, ¡y me imagino el precio!

Asentí con la cabeza.

—Sí, me valió mucho, pero la he podido disfrutar y me ha llevado a muchos lugares de Colombia. Alguna vez visite la laguna de Guatavita. Fue cuando mi niña iba a cumplir un año. Fuimos con la mamá a este hermoso paraje natural. ¿Lo conoces?

—Sí. Alguna vez estuve ahí cuando estaba finalizando mis estudios de enfermería en Bogotá. Recuerdo que ese día lluvia mucho y nos pegamos una mojada por no llevar el traje impermeable.

—¡Uy! ¡No me digas!

—Así fue —confirmó ella.

—¿Y cuándo dejaste de salir aventurar en moto?

—Cuando nació mi hijo cambié de vida. Fui mamá a los veinticinco años: cambié mi delineador de ojos por un corrector de orejas, mi cabello planchado por una cola de caballo, mis desvelos de fiestas por desvelos cuidando a mi bebe, mis bolsos de moda por pañaleras, mis salidas de amigas por salidas al parque… me convertí en mamá y no me quejo. No importa nada de lo que uno deja por la satisfacción de una mirada amorosa, un abrazo sincero y un "mami, te amo".

Reí.

—Definitivamente, los hijos lo cambian todo, sí.

—Sí. Lo cambian todo. ¿Sabes? Te agradezco por invitarme. Necesitaba respirar un poco de estos días de desgaste y angustia en el hospital.

—También te agradezco que me acompañes en este viaje; es como en la historia del lobo y la luna —le dije.

—¿Ah sí? ¿Cómo es esa historia?

Le guiñé el ojo.

—Te la contaré en otro momento. Nos esperan en Villa de Leyva y debemos partir.

Y así, con la complicidad de la mañana, la Husqvarna, emprendimos el viaje hacia Villa de Leyva solo para encontrarnos con más comida.

Eran las 11:30 am cuando llegamos a Villa de Leyva, aquel pueblo icónico de calles empedradas, puertas en madera, y paredes blancas que era toda una meca de peregrinaje para extranjeros cautivados por

su historia. La oferta cultural y de entretenimiento iba desde los deportes extremos, el valle del dinosaurio, cabalgatas, el balneario de pozos azules, hasta el viñedo y las fiestas municipales.

Recordé la primera vez que había estado allí: había sido en una salida con mis compañeros de la universidad durante el mes de marzo de 2009. Muchos astrónomos, tanto profesionales como aficionados, aprovechaban que los cielos nocturnos estaban despejados para realizar observación. Vinimos con un grupo de seis amigos que estábamos tomando una asignatura llamada "astronomía, observando el pasado para inspirar el futuro".

María Fernanda, Edward, Diego Paul, Sergio y Johanna, eran parte de ese "combo", "parche", o grupo de estudio de la facultad de sociología. Con ellos compartimos momentos de mucha diversión y estudio. Para esa noche, estábamos listos con nuestros principales instrumentos de observación: nuestros ojos. Diego Paul llevó unos prismáticos para ver las estrellas y planetas. Nuestra tarea era observar el cielo en el transcurso de la noche, apreciar la rotación de la tierra, los cambios en las órbitas de los planetas, la luna y las estrellas. Fue muy emocionante ver toda esa gente allí en la plaza principal con sus equipos ópticos, cámaras y demás aparatos, también el compartir un canelazo caliente, pues era típico en las noches frías de Boyacá. Mis compañeros hacían bromas y todos reíamos de alguna que otra anécdota de la semana o el viaje, como cuando un par de pillos robaron el reloj de Diego Paul que vivía en un barrio muy peligroso de Bogotá, el Tanque. La noche pasaba y estábamos pendientes del seguimiento de los cinco grandes del sistema solar. Mis compañeros ofrecían más canelazo o tinto. En nuestro grupo, todos los hombres nos desmedíamos en atenciones para con las chicas: que estuvieran bien, despiertas, cómodas, calientes y se sintieran protegidas, especialmente por Johanna, que tenía la personalidad más tierna.

Era una chica de tez blanca, ojos miel, y cabello negro que siempre se robaba la atención y las miradas de los hombres. Era inteligente, respetuosa, y femenina. Antes de la universidad, tuvo un novio piloto que murió en un accidente automovilístico, y después de esto ella estuvo sola. Sergio, que era mi parcero más cercano, había intentado tener una relación con ella, y me decía mucho lo que le agradaba y lo cautivaba; salían al cine, restaurantes, teatros, y compartían mucho juntos, pero su corazón aún no estaba preparado y ella insistió en que fueran solo amigos.

Sobre la una de la mañana, recuerdo que Johana se me acercó y yo le ofrecí otro canelazo, ella lo aceptó y empezamos a conversar; el resto del grupo había sucumbido al sueño y a nosotros nos costaba trabajo dormir. Ella me abrió su corazón esa noche y me confesó que,

aunque amaba profundamente a Sergio y sabía que él le correspondía, no podía tener nada con él, pues se sentía frustrada y sola a pesar de que lo tenía todo: amigos, dinero, y belleza, pero no lograba superar la pérdida y no era capaz de seguir adelante. Yo solo escuchaba sus palabras sin saber qué decirle, y pensaba que lo único que necesitaba era eso, expresar su dolor y sufrimiento. Al final, bajo la luz de las estrellas, la abracé y le dije que no estaba sola, que me tenía como uno de sus amigos incondicionales y que podía apoyarse en mi para lo que fuera.

Ahora, después de quince años, estaba de vuelta en la misma plaza, recordando la conversación con Johanna y lo que sentí por ella después de que le di aquel abrazo.

Entramos a un restaurante en el que había un fogón de leña encendido en aquella vieja y rústica cocina, tan pintoresca, tan de antaño, de la que emanaban vapores, brasas y fuegos que calentaban las ollas y cuyo propósito era preparar recetas ancestrales como el cocido boyacense. La mezcla de rábanos, chuguas e ibias juntos a los trozos de huesos de cerdo y carne de res era como un sueño para nosotros. En el restaurante había también un par de grupos de extranjeros, deseosos de comerlo. Se llamaba El Boyacense.

Aquel sitio estaba decorado con planchas a vapor, lámparas de keroseno, máquinas de escribir, teléfonos de disco, y hasta un telar de fique de más de cien años. Nos sentamos en las sillas de tronco de madera y se acercaron algunas señoritas con sus pieles morenas. Pedimos el Cocido Boyacense y ellas, muy diligentemente, nos lo trajeron.

—¿A quién más vamos a ver? —preguntó Abirth.

—¿Dime? —respondí, distraído.

—Tú dijiste que nos esperaban.

—¡Es una sorpresa, mi querida! ¡Todo a su tiempo!

—Las sorpresas pueden ser buenas o malas.

—A mí me gustan las buenas sorpresas.

—Aunque no todas lo son.

—Ya lo verás. ¡Háblame un poco más de ti!

—¿Qué quieres saber?

—No sé, ¡cuéntame de tu familia!

Abirth suspiró.

—Si te contara no me creerías.

—¿Por qué no?

—No soy quien parezco ser. Vengo de una familia desplazada por la violencia. Llegué en unas condiciones increíbles. Conocí una familia que me cambió la vida, y terminé casada como en un cuento de hadas con el padre de mi hijo.

—¿Y dónde está él?

Abirth se encogió de hombros.

—No lo sé. Se fue hace diez años después de que el genetista diagnosticara al niño con el síndrome de Mowat Wilson.

—¡Mucho cretino!

Ella asintió con la cabeza y se quedó en silencio.

—Pues te cuento que a mi niña la adoptamos. Con mi exesposa, intentamos por varios años tener un hijo, pero fue imposible. Los tratamientos médicos no fueron suficiente para que ella quedara embarazada, así que decidimos adoptar a través de una fundación llamada Belén. Te cuento que el proceso no es fácil, ya que toca cumplir con muchos requisitos. Esperamos por casi cuatro años para recibir a nuestra pequeña, y ese día, un rayo de luz entro en mi vida. Supe que ese pequeño ser que tomaba entre mis manos lo era todo para mí y que no había algo más importante que su frágil existencia de ahora en adelante.

—¿Y qué pasó con tu esposa? ¿Por qué se divorciaron?

Apreté los puños. Era algo doloroso de contar, pero con Abirth sentía una extraña paz, así que se lo dije:

—Se llamaba Verónica. Me enamoré de ella desde el primer momento. Su padre es canadiense y su madre paisa, de un municipio que se llama La Unión. Nos conocimos en la ciudad de Medellín, durante la feria de las flores. Hicimos una bonita amistad. ¡Decidimos casarnos en menos de un año casarnos!

—Estabas muy enamorado —comentó Abirth.

—Ella estudió administración. Gracias a un contacto de su papá, se vinculó con la armada de Colombia. Allí trabajo por más de ocho años en varios sitios de Colombia. Se relacionaba con mucha gente de alto rango militar: políticos, almirantes, senadores, congresistas, ¡era la secretaria como de cinco almirantes al mismo tiempo! Se destacaba por su genio, sencillez y belleza. La apreciaban mucho y, no te lo voy a negar, hasta sentía a veces algo de celos porque en ese medio le coqueteaban bastante.

Abirth me dedicó una sonrisa amarga, como si esperara la parte triste de la historia. Continué:

—Esa semana de diciembre recibiríamos a nuestra bebé. Se presentó en la puerta de mi apartamento un militar, impecable con su vestido, alto, preguntó por mi nombre y me dijo que me sentara en la silla de la sala y que le regalara cinco minutos, pues debía comunicarme una novedad acerca de Verónica. Lo hice seguir a la sala, le ofrecí un café, pero él se rehusó. Me sentía muy preocupado a pesar de la serenidad del militar. Sacó unos documentos de una carpeta, una bandera de Colombia, y me dijo con su voz serena que mi esposa había muerto en cumplimiento de su deber. Sentí que un escalofrió recorrió todo mi cuerpo. Me dijo que, en una comisión de

orden público, el avión de la FAC que trasportaba algunos funcionarios hacia San Vicente del Caguán había sufrido un accidente llegando al aeropuerto, que todos habían muerto, incluyendo a mi esposa.

Paré de golpe. No quería ponerme a llorar.

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza y continué después de varios segundos:

—Fue muy doloroso. Nuestros sueños, nuestras motivaciones y proyectos se esfumaron de repente. El saber que no la volvería a ver nunca desgarró mi corazón, y ahora con él bebe en camino era mucho más el dolor, aunque sabía que no podía desmoronarme. Cuando tuve a mi hija en mis manos y sentí esa pequeña vida en mis manos, cuando vi sus ojitos que se abrían y cerraban, como trataban de pegarse a mí, me conmovió tan intensamente… Había estado tentado a decirle a la funcionaria del ICBF que no podía asumir la custodia yo solo, pero tener a mi hija me cambió. A veces, cuando lloraba y no sabía qué hacer, tenía miedo, pero encendía la Tablet de Verónica. Ella no se la llevó a su último viaje, aunque nunca soltaba esa cosa. Verónica le grabó un video a nuestra hija: "hola mi amor, hemos esperado por ti durante mucho tiempo. Queremos decirte que te amamos, y que yo, tu mamá, cuidaré de ti. Queremos que conserves este video para cuando ya no estemos a tu lado, y sepas que tuviste unos padres que te amaron desde que te conocimos."

Rompí a llorar. Las lágrimas caían por mi rostro.

—Ahora mi hija tiene epilepsia y ninguno de nosotros pudo cuidarla. Los médicos la han sabido tratar, y los episodios son cada vez más raros… se supone que está mejor. ¡Por eso vine hoy contigo! ¡Me dieron esperanza y eso es motivo de celebración!

Abirth me abrazó.

***

El parque Gondava era un sitio que rescataba reliquias naturales antiquísimas, de mucho antes de que existieran asentamientos humanos sobre las cordilleras y valles americanos. Este parque ofrecía a sus visitantes recorridos adaptados con figuras que revelaban la majestuosidad, fiereza y violencia de las criaturas prehistóricas que en otros tiempos fueron amos y señores de nuestro planeta. Uno de los parajes que más me llamaba la atención era un estanque de aguas que contrastaban entre tonos verdes y azulados con los ocres y amarillos pálidos de la orilla. Había una vegetación agreste propia de las regiones secas, entre arbustos espinosos y cactus que imponían vida en medio del calor y el polvo de la zona del parque.

Sobre las tres de la tarde, el sol empezaba su camino hacia el

ocaso, y sus haces lumínicos invitaban un ambiente cálido y agradable, mientras el lago proponía el silencio, pues sus ondas hacían un llamado a la paz y la quietud interior. Sentí que era necesario para que nuestras almas abatidas y turbulentas pudieran descansar del ruido y las afugias que la situación de salud de nuestros hijos nos causaba.

—Gracias —me dijo Abirth.

—¿Por qué?

—Este viaje ha sido un respiro. A veces llego hasta el límite de mis fuerzas: la enfermedad de mi hijo, las obligaciones de la casa, el trabajo, los gastos, mi salud y una profunda soledad que me abruma y cercena mis días.

Su mirada se perdía en el horizonte de una colina más allá del lago. Me relajé, bajé mis defensas: era casi como si ella me invitara a dejar al desnudo mi alma. Poco a poco nos convertíamos en dos seres expuestos, humanos, humildes y vulnerables. ¿Sería posible que nos empezáramos a conectar místicamente desde nuestro interior y que este viaje fuera una concertación del universo mismo para que estas almas solitarias y afligidas pudieran estar juntas?

—A veces estos escapes chiquitos de la rutina sirven para retomar fuerzas y continuar en la entrega y la lucha por la vida.

—No tienes idea de lo que siento ahora.

—¿Qué dices?

—No me había sentido así desde hace años. Había dejado guardados mis sentimientos, incluso mi propio tiempo para mí, como mujer.

—Mi corazón siempre abogará por la causa de los desprotegidos, la misericordia de los angustiados y ayudar a los pájaros heridos —bromeé.

—Entonces, ¿para ti soy un pájaro?

—Sí, uno herido y desprotegido.

Soltó una risa.

—Aunque hables en broma, tus palabras me inspiran y me traen paz, aunque hay algo más.

—¿Algo más?

Una suave brisa soplaba desde la colina y movía las hojas secas y amarillentas sobre el estanque de cristalino verde y azul. Fue en ese momento que su mirada ya no estuvo en el horizonte de aquella colina, sino en mí. Aquellos ojos cafés me miraban fijamente, invitándome a la cercanía y la conexión. Nos acercamos sobre la orilla de aquel estanque hasta la distancia más ínfima de nuestros cuerpos, y nuestros labios se unieron. Fue una experiencia enigmática, silenciosa, donde la tibieza de aquella boca encerraba una llave misteriosa que abría todas las puertas de mi interior, llevándome a la conexión, la

pasión, y la entrega del uno con el otro. Mi corazón palpitaba más intensamente de lo que había palpitado en años. Al término del beso, nos abrazamos con fuerte delicadeza, con decidida paciencia, con expectante celeridad. Sentimos el calor, no el del ambiente sino el de nuestro corazón, el calor de nuestras almas, nuestros corazones, y me sentía invadido por la pasión, por su suave tibieza, por su aroma, y su entrega; la esencia de nuestras almas cercanas, cálidas, permitiéndose amarse en un momento idílico que parecía que durara una eternidad, expresando desde nuestro interior la necesidad del uno por el otro.

Así, pasaron algunos minutos de contemplación por el otro, de respeto y del inicio de algo más: era el nacimiento del romance, la esperanza y el amor.

Llegaron las seis de la tarde y el astro rey despedía el día, mientras su compañera, la luna, aparecía por el oriente, invitando a la noche.

—¡Gracias de nuevo! ¡Gracias por todo! ¡Creo que debemos regresar ahora! —dijo Abirth.

—Gracias a ti. Volvamos.

Antes de subirme a la moto, vi que tenía un mensaje de mi madre en el WhatsApp.

Había una novedad sobre la salud de mi hija.

3
El significado de la esperanza
(Abirth)

Una pequeña lluviecita caía sobre la capital del país en aquella noche del sábado en la que pocos transeúntes se veían por las calles que rodeaban el hospital La Misericordia. Me encontraba confundida, el extraño sentimiento que lograba despertar Jhon en mí me aturdía la mente que ya estaba agobiada por la angustia constante de la incierta situación de mi hijo, y las pocas esperanzas a las que me aferraba.

Ingresé al hospital, aquel lugar donde no existe el tiempo, donde no hay horas, días, meses o años, donde la luz siempre se mantiene encendida como un eterno presente que no permite vislumbrar el futuro, pero tampoco el pasado, donde no se escucha la lluvia, el viento matutino, ni se ve el resplandor del sol, sino que siempre se mantiene tan inmutable, tan insondable, tan impenetrable para cualquier estímulo externo. El hospital me recordaba a las conchas de mar que me regalaba mi madre. Yo las ponía frente a mi oído para escuchar el mar, pero este nunca estuvo allí.

Entre aquellos pasillos largos de paredes brillantes y frías que conectaban las diferentes salas y áreas del hospital, se manifestaba el continuo fluir de la vida y la muerte, pintado por la tranquilidad y la desesperación de cada acompañante con su ser querido.

Aquella noche entré y vi a Martha empacando poco a poco todas las posesiones de la pequeña Emily en una maleta. Al otro lado de la habitación, ella me devolvió una mirada de felicidad y satisfacción, pues habían superado la dura prueba contra el cáncer. Se despidió mientras me informaba que el resultado de la tomografía había sido un éxito y que el cáncer que padecía la pequeña Emily se encontraba en estado *off*, lo que significaba que la enfermedad nunca desaparecería, pero ya no haría más estragos en su vida. Además, me contó que con una dieta baja en agentes teratogénicos y con controles médicos se podrían garantizar muchos años de felicidad para ella.

Yo no podía creerlo: por mucho tiempo asocié el diagnóstico “cáncer” con la palabra “muerte”. Emily era un ejemplo de que no

era siempre así y que, a veces, valía la pena conservar la esperanza. Una niña de cinco años lograba vivir en condiciones óptimas de salud hasta la edad adulta con un tumor en el cerebro en estado *off*. Me alegró tanto la noticia y me hizo feliz el ver que, a pesar de las circunstancias, en aquel pequeño espacio del hospital a veces triunfaba la vida. A veces, el hospital me parecía un campo de concentración donde todos esperábamos la muerte, pero a veces la ilusión de vivir florecía por encima de los captores y verdugos.

Del otro lado de la habitación se encontraba Jhon, sentado junto a su pequeña Verónica, acariciándole el rostro con suavidad. Ese día, él recibió una grata noticia sobre el estado de salud de su hija: había respondido de manera positiva al tratamiento planteado para la epilepsia y, en pocos días, sería trasladaba a otra área del hospital para posteriormente terminar su recuperación en casa. Ella estaba llena de vitalidad y deseos de vivir; sus ojos verdes llenos de ilusión, sus mejillas sonrojadas y su cabello rubio evidenciaban la alegría que la acompañaba en sus años de infancia, a pesar de todo.

John le preguntaba todo el tiempo si tenía algún dolor y ella siempre respondía con un rotundo no. Su enfermedad le hacía padecer convulsiones desde los siete años y, para este entonces, ya tenía diez. Verónica estaba en quinto de primaria y su desarrollo era óptimo para su edad, pero un día, en el colegio, convulsionó de repente y perdió el conocimiento. Desde aquel día las cosas habían cambiado.

Ella habla perfectamente el inglés, y estaba inscrita a un colegio virtual mientras estuviera hospitalizada. Por otro lado, Jhon, que era todo un intelectual, siempre llevaba libros para leer juntos. La niña me saludaba cuando llegaba y se despedía de mí en inglés.

Al otro extremo permanecía mi pequeño Juan Pablo en condiciones un poco más críticas, entubado y sedado, sin poder dormir ni respirar solo… apenas con vida. Estable.

Me quedé un rato compartiendo con Jhon y Verónica antes de ingresar al cubículo de Juan Pablo. La niña me leyó un fragmento de El Principito de Antoine de Saint-Exupéry con cariño:

—“No sé bien si con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos”. Yo creo que es la realidad. El amor que yo siento por mi papi, nadie lo podría ver con los ojos —dijo ella—. ¿Tú qué piensas Abirth?

—Es así amor, los sentimientos no podrían tener ojos, se deben percibir de otras formas —estuvo de acuerdo su padre.

—Algunas personas no podrían experimentar aquellos sentimientos que solo se pueden ver con los ojos del corazón —les dije y me despedí de ellos, rumbo a ver a mi hijo.

Lo saludé y empecé mi rutina de cuidado y mantenimiento habitual, mientras él permanecía inmóvil. Mi hijo definitivamente no podía ver el amor ahora, ¿quizás su corazón lo sintiera?

Aquella noche quería completar las cartas que hacía un tiempo venía escribiendo, en las que plasmaba mi pasado y el de mi familia. Quizás Juan Pablo las pudiera leer algún día. Eso también era una esperanza.

Después de escribir varios episodios de mi vida, guardé el cuaderno y miré a Juan Pablo, preguntándome por primera vez si tener esperanza era un acto egoísta y eso me hacía una mala madre. Verónica estudiaba, aprendía: ella vivía, mientras mi Juan Pablo estaba muerto en vida. ¿Quizás mi esperanza de volver a tener la vida que teníamos era una esperanza egoísta y mantenía vivo a mi hijo únicamente por mi bienestar?

Los meses pasaban y las cosas no cambiaban. Pensaba en las palabras del libro de Verónica: ¿qué tal si necesitaba decirle a mi hijo que podía descansar, que yo estaría bien sin él, que no tenía que mantenerse vivo solo por mí?

Y mi corazón me decía que era justo darle esa libertad. Tomé su mano, lo llamé en voz baja, aunque mi corazón gritaba. Quería decirle que podía irse si era lo mejor para él, pero al final no le pude decir nada. No tuve el valor para hacerlo.

Decidí sentarme y seguir escribiendo.

Amaneció. Un rayo de luz ingresó por la ventana del hospital. Había transcurrido una noche. El lugar se sentía vacío, pues Martha ya se había marchado y aún no traían otro huésped para ese cubículo. Seguramente llenarían el espacio pronto. En un hospital es raro que las camas permanezcan vacías.

Los siguientes siete días transcurrieron igual para Juan Pablo, para Yesica y para mí. Tuvimos la misma rutina durante alrededor de cuarenta días.

Para este tiempo, Jhon y yo teníamos una relación un poco más formal. Nos encontrábamos a la salida del hospital y algunas veces durante el día, compartimos el almuerzo y eventualmente una tarde de pasión cuando los planetas se alineaban.

Para él, el panorama parecía más alentador que para mí: su hija había sido trasladada al área de hospitalización. Jhon preparaba una sorpresa para su recibimiento: había construido el planeta del principito en su casa. En el techo de su apartamento estaba ambientando el firmamento. Cuando uno miraba el cielorraso, veía la estrella Polar, aquel astro que en las noches guiaba las embarcaciones en medio de los mares en las historias marítimas, el Cinturón de Orión, la luna y los cinco gigantes del sistema solar. Jhon solo esperaba que llegara el lunes y su hija viera la ingeniosa obra que había construido para ella.

Un pediatra de turno pospuso la salida. Dijo que debía estar seguro de su condición de salud, y Jhon se llenó de zozobra: la niña ya

quería salir del hospital. Una noche, en un mensaje de texto, Jhon me contó la decisión.

En la mañana del martes, Verónica le pedía que no se fuera y se quedará con ella, pero Jhon se despidió, pues tenía que atender algunos asuntos y su abuela estaría a su cuidado. En la tarde la recogería y todos estarían en casa.

Durante el día entre Jhon y yo acabamos de organizar su recibimiento y esperamos la anhelada llamada de la madre de Jhon para ir a recogerlas.

Sobre las cuatro de la tarde, timbró el celular de Jhon. En la pantalla aparecía la palabra "mamá". Jhon se llenó de ilusión: por fin había llegado la hora de recoger a Verónica. En lugar de contestar la llamada, nos fuimos directo al hospital.

Llegamos al hospital por el costado occidental de la Avenida Caracas. Allí había una mujer arrodillada frente a las rejas del hospital, rodeada de extraños que la observaban con indiferencia. Ella lloraba amargamente en desconsuelo y consternación.

Jhon palideció al ver que aquella mujer que estaba allí era su mamá.

Corrió a levantarla, trató de incorporarla para que se pusiera de pie, pero sus músculos no le respondían. Jhon se agachó y quedó frente a ella. Ella lo abrazó. Sus lágrimas empaparon su camisa mientras él preguntaba qué había pasado, qué estaba pasando, pero ella no lograba contestarle.

Él se levantó del suelo con su madre, la dejó en mis brazos y se dispuso a entrar al hospital, golpeando la reja con angustia. El guardia del hospital le pidió calma y lo dejó entrar.

Su mamá y yo nos quedamos solas en la entrada, esperando. Ella me miró a los ojos, destrozada, y me reveló el motivo de sus lágrimas: Verónica sufrió un evento cardiorrespiratorio que la llevó a la muerte.

Un frío glacial recorrió todo mi cuerpo. Pensé en el dolor que Jhon debía estar sintiendo en ese momento. Ningún padre tiene hijos para verlos morir.

La tarde pasó. Eran casi las seis y los últimos rayos de sol llegaban desde el suroccidente cuando Jhon apareció con unos documentos en su mano, acompañado por un médico. Sus ojos estaban rojos, carentes de brillo. Se acercó a su madre y la abrazó, intentando calmarla, con mucha compostura. Supe que su estabilidad era fingida, pues no era consistente con aquella mirada perdida en el universo que solo enmascaraba un dolor tan profundo como una corriente en un cráter submarino oscuro y sin fondo.

Nos despedimos. Él tenía que encargarse de las honras fúnebres y yo debía ir a ver a mi hijo.

Aquella noche fue más oscura que cualquier otra. La desesperanza

vencía, la muerte, intempestiva, se alzaba victoriosa. Todos estábamos embargados por aquel sentimiento, por encima de todos, que comparten los seres y nos unía más que nunca: el dolor.

(John)

Se escuchaban murmullos que retumbaban por aquel pasillo. Olía a café recalentado y aromática de frutas. Todos mis amigos y conocidos presentes llevaban trajes y vestidos ocres, opacos y oscuros en la sala de velación. Creía que la vida me había endurecido lo suficiente y que ahora podía soportar y tolerar todos sus embates, aguantar las angustias y pérdidas, pero en el fondo no podía engañarme. La pérdida y la ausencia de mi pequeña era una marejada destructiva que menoscaba mis huesos y entrañas desde adentro.

Alguien tomó la vocería y dijo unas bonitas palabras. Era Steve, mi amigo de la facultad de humanidades:

—Lamento de todo corazón este día. Verónica ya no está. Compañero, amigo, sé que debes estar destrozado… quizás no sea mucho, quizás en un momento como este, no sea nada… pero nos tienes a nosotros, ¡a todos los aquí presentes!

Algunas personas expresaron su apoyo desde sus lugares. Yo estaba atrapado en mi propia mente. Reflexionaba, recordaba aquellos momentos trascendentales con mi hija y otros no tan importantes. Detallaba su rostro, los lugares, las voces, sonidos, olores, sensaciones, y recreaba todo dentro de mí. Fue una sugerencia de mi terapeuta después de la muerte de mi esposa.

Visualizaba a mi madre usando una moña de color dorado que le pertenecía a Verónica. La llevaba cuando fuimos invitados a aquella fiesta de gala en el club militar. Aquel día ascendían a los oficiales de la amada. Veíamos a todos aquellos personajes con sus trajes blancos, sus gorras de mar, sus medallas, zapatos brillantes, y sus esposas, novias o hijas con vestidos elegantes y finos. Sonaba una suave música de jazz. Luego vino el emotivo discurso del ministro defensa sobre las mejoras y el compromiso del oficial militar para con la nación. Mi pequeña hija estaba feliz, corría de lado a lado por los jardines de durantas, limoncillos y pinos canadienses que tenían las instalaciones del lugar. Yo charlaba con oficiales, capitanes de fragata, sargentos y almirantes con los que compartíamos unos tragos que estaban por doquier en la fiesta. Aquellos eran momentos de regocijo.

Pasó una de las trabajadoras de la funeraria a renovar las bebidas de la greca. Al destapar el recipiente de la máquina de café, desató un aroma amargo que me transportó a las frías mañanas en los patios de la facultad de sociología de la universidad, y al edificio Orlando Fals Borda, aquella magna construcción donde, por décadas, en el crisol de

sus aulas, se forjaron grandes pensadores, estadistas, filósofos, periodistas y personajes que ayudaron a construir historia en la nación. Recordaba la romería de la gente que solía estar allí, desde estudiantes que esperaban con expectativa el momento de poder ingresar a las aulas a sus clases catedráticas, hasta los pequeños grupos de profesores que nos reuníamos para chismosear sobre nuestras agendas y aconteceres de vida. Particularmente, recordé un momento.

La universidad estaba en el desarrollo de jornadas de protesta y trabajo intermitente. Los estudiantes habían puesto un fogón de ladrillos alimentado por madera de puestos y tableros viejos y allí preparaban, en un fondo de olla tamalera, un caldo con huesos de res y papas. Varios puestos estaban bloqueando el acceso al edificio, y ya casi eran las siete de la mañana. Había un ambiente tenso entre los estudiantes que querían clases y los que apoyaban el paro y evitaban el ingreso al edificio. Después de algunos improperios y cruces de voces alevosas, se dio un forcejeo entre aquellos que deseaban ingresar a clases, especialmente los de posgrado, que eran mayores y disponían de menos tiempo para todo, y aquellos que apoyaban el momento del paro.

Los estudiantes de posgrado encontraron una abertura y se precipitaron a entrar. Les siguieron siguen más y más, hasta que casi todos terminaron por ingresar al edificio. Los profesores imaginamos que esto se convertiría en una batalla campal entre estudiantes, pero nos equivocamos. Aunque fue un momento tensionante, todo volvió a la calma y no ocurrió mayor novedad. Esto me hizo reflexionar sobre los momentos de la vida que parecen turbulentos, caóticos y violentos, y cómo todo simplemente pasa y vuelve a estados de equilibrio, y a veces calma. Aquel momento, la pérdida de mi hija, era mi mayor momento de caos y desequilibrio. Me pregunté si volvería a la calma alguna vez.

Después de Steve, hubo otras intervenciones de familiares y amigos que querían transmitir una palabra de ánimo y fortaleza. En una de esas intervenciones, alguien dijo una frase que ya había visto en alguna parte:

—La muerte no es el fin, es el principio de todo.

Esa frase retumbó en mi mente. Me hizo pensar que la muerte y el sufrimiento son pasajeros y que la vida continúa con nuevas historias y nuevos desafíos para todos, nuevas oportunidades, amaneceres y atardeceres. Yo ya no tendría la compañía de mi hija. Eso me dejaba absorto y olvidado, sin un propósito de vida, pues ella había sido mi único propósito. ¿Qué era mi vida si ya no tenía una razón clara para vivirla?

Recordé dónde podía haber visto la frase. En El Señor de los

Anillos de J.R.R. Tolkien, Gandalf le decía a Pippin que la muerte no era el fin, que era solo otro camino, uno que todos tendríamos que recorrer.

Eso era cierto. Aun así, no estaba listo para asimilar ni superar esto. No sabía si tendría la capacidad suficiente para ser resiliente, levantarme y continuar con mi vida. En ese momento, solo quería huir, esconderme, y estar en soledad y silencio.

Posiblemente, lo que más sabiduría nos confiere en este mundo son las experiencias por las que pasamos, el estar en pérdidas y dolores, en procesos difíciles y en sufrimiento. Estas experiencias nos dan fortaleza. Yo no sabía cómo seguir viviendo sin ella. Sentía que, con su partida, yo caía al fondo, pero mi profundo yo se oponía y deseaba emerger de la profundidad para poder salir adelante. Quería salir adelante, pero no sabía cómo. Caminado por el césped del cementerio en esa fría tarde, mirando hacia el oriente, a las últimas montañas que desde los cerros orientales luchaban por permanecer magnas antes de sucumbir a la basta altiplanicie sabanera, vi un rayo de sol que se metía por entre las nubes.

Desde ese día, todas las noches empecé a repetir el mismo sueño: estaba en medio de aquel campo, con las montañas a lo lejos, y veía a Verónica y a mi esposa, que en la distancia me llamaban, pero cuando trataba de moverme, el terreno fangoso se hacía difícil de recorrer y me quedaba enterrado a cada paso que daba. Al tratar de avanzar, no podía y empezaba a desesperarme, pues me hundía cada vez más en la tierra, como si fuera una planta y echara raíces. Una suave opacidad en el ambiente hacía evidentes las siluetas de mi esposa y mi hijita, hasta que se difuminaban y desaparecían. En medio de mi impotencia, intentaba gritar, pero ningún sonido salía de mi boca. Era ahí cuando despertaba empapado en sudor.

Leí en internet sobre su significado. Decía que tenía sentimientos reprimidos.

Durante días, intenté concentrarme en las actividades académicas. Entre las clases, el atender a los grupos de estudiantes y colegas, desayunar, almorzar y cenar, escapaba a la realidad de mi soledad… o al menos la dormía un poco, pues era inútil. Las horas laborales pasaban en un abrir y cerrar de ojos, y cuando acaba las clases, seminarios o conferencias me encontraba otra vez solo en mi apartamento, con aquel gigante que eran los recuerdos de una familia amorosa que ya no estaba. Mi compañía era el sonido de un viejo reloj que alguna vez compramos con mi esposa, y el cuarto de Verónica que no me había atrevido a modificar, del que se proyectaban lúgubres sombras y resplandores en las paredes que algún día habíamos pintado para ella.

—Mía es la culpa —murmuré amargamente una noche, al pasar

frente a su cuarto—. No deseabas hacerme mal, pero me domesticaste.

Entonces, las paredes mismas parecieron devolverme la mirada y una idea vino a mi mente.

—Pero gano por el color del trigo, mi amor… gano por el color del trigo —como me pasaba únicamente en soledad, rompí a llorar.

4
Vulnerabilidad
(John)

Por esos días, iba cada noche a un bar que quedaba cerca de mi apartamento. Pedía cuatro cervezas Corona y me sentaba a beber para disipar los recuerdos y aliviar mi dolor. Después de un rato, regresaba a mi apartamento con el frío de la noche, dormía unas horas, y al otro día, retornaba a mis actividades.

Desde hacía varios días ya no quería levantarme de mi cama. Me pesaban los ojos, casi no dormía y mi rostro reflejaba un estado total de desatención.

Había amigos o familiares que se preocupaban por mí. Unas noches atrás me había visitado una vieja amiga, pero yo no podía recordar bien de qué habíamos hablado. Solo sabía que, entre sorbo y sorbo, la música ensordecedora, y mi desinterés general por todo, ni siquiera tenía claridad sobre cómo había vuelto a mi casa.

Despertar y encontrar botellas vacías en el suelo, o el olor trasnochado del alcohol, se había vuelto algo común para mí. Quizás, dentro de mí, la vida consistía en correr detrás de un objetivo y por eso ahora me preguntaba si tenía sentido seguir viviendo, una vez que mi objetivo se había ido.

Otras veces, me sentía furioso y resentido. ¿Por qué el destino se había ensañado conmigo? La vida me había arrebatado todo. Mi esposa y luego también mi hija.

Cada noche, en el bar, tenía una cita con la botella para dormir mis sentimientos. Mi mente, que solía ser brillante, perdía lucidez, y hasta recordaba vagamente conflictos con borrachos o incluso policías. Amanecía con moretones en mi rostro o brazos, y una vez casi me llevan detenido.

Ahí fue cuando tomé la decisión.

—Voy a internarme en una clínica —le dije a Abirth por teléfono. Ella se había convertido en mi confidente—. No puedo seguir así.

Me dijo que ya venía para mi casa. Alisté una maleta muy somera: un par de mudas de ropa, un cuaderno, un lápiz, un par de libros y

elementos de aseo y cuidado personal.

Sonó el teléfono de la portería. Era Abirth, que había llegado. Abrió la puerta, tomamos algo y nos dispusimos a salir hacia la clínica.

***

Tras algunos días, me encontraba muy sedado. A veces no sentía del todo mis extremidades y tenía dificultad para concentrarme, ya fuera en ideas o rostros. El día y la noche pasaban como un sinfín de colores y matices de luz difusa que se refractaba sobre los cristales de vidrio de la habitación en la que estaba interno.

Esto era necesario. Apenas llegué, lo entendí.

Todos los miércoles, teníamos la reunión grupal con otros pacientes. Nos sentábamos en círculo a hablar para trabajar en nuestro proceso de curación. Éramos seis personas. Nos escuchábamos, reíamos, cantábamos, llorábamos de nuestras anécdotas, penas e historias que nos enriquecían o nos sanaban. Muchas veces nos preguntábamos dónde estarían las personas que habíamos perdido, si estaban en el más allá, estaban bien o mal, si tendrían conciencia del bien o el mal, si sufrirían o si nosotros les hacíamos falta… si nos recordaban de alguna manera. Nuestros duelos eran turbulentos y borrascosos. Me pregunté cómo alguien sobrevivía a algo así sin psiquiatría y psicología.

Después de días de confinamiento, me desplazaba por el hospital con más tranquilidad, hablaba con algunos doctores, bromeaba con las enfermeras, e incluso salía a hacer alguna que otra actividad deportiva de bajo impacto que, junto al yoga y el ambiente de aquel bosque, me traía cierto sosiego. A veces pensaba en mi trabajo. Me había asegurado de procesar mi permiso médico antes de internarme, pero me preguntaba quién estaba dictando en mis grupos.

Una tarde me visitó Abrith. Me trajo Juan Salvador Gaviota de Richard Bach. Me dijo que lo leyera, que me iba a servir así ya lo hubiera leído en el pasado. La última vez había sido cuando lo tomé prestado de la biblioteca de la universidad un par de años atrás.

Su visita fue como recibir los rayos de sol en la mañana: hablamos de la vida, le pregunté por su hijo, por sus cosas, y me deleité de verla siempre con su frente en alto, dispuesta a seguir adelante. Su visita me proporcionó fuerzas que pensaba que ya no tenía.

Aquella noche me fui a dormir contento, y leí gran parte del libro esa misma noche.

Durante aquellos días me descubrí deseando vivir de nuevo, quizás sentir el viento en mi rostro en alguna carretera, o almorzar un delicioso bocachico al lado del malecón de algún místico y feroz rio, o desayunar un delicioso caldo de costilla al amparo de una verde

cordillera que no hubiera visitado. Quise sentir el rugir de una moto de cuatro tiempos y la velocidad sobre el pavimento en alguna autopista de mi país. Me descubrí queriendo volver a ser como esa ave que no se limitó a comer y a morir, sino que siguió y siguió hasta convertirse en ese pájaro de cristal y se elevó hacia las estrellas, cuya existencia trascendió el tiempo y el espacio mortal.

La vida me había golpeado más que a cualquier otra persona. Primero mi esposa y luego a mi pequeña hija, pero sabía que ellas, del otro lado, se preocuparían por mí, y no querrían verme morir así. Sentí que pronto sería el momento de seguir, pues las oportunidades de esta vida estaban allí afueras, expectantes, o si no estaban, siempre podría fabricarlas, materializarlas y ser feliz con ellas. Decidí que, apenas los médicos me dieran de alta, haría un viaje hacia el cono sur en mi motocicleta, y lo consideraría mi graduación como ser emancipado, incólume y evolucionado.

Los próximos días fueron mejores. Las visitas de Abirth y mi madre me hacían sentir motivado en mi proceso. El doctor me cambió la receta de medicamentos y me sentía cada vez más lúcido.

Hablaba con más propiedad del duelo, del porqué la muerte de la niña me había desestabilizado en tal forma, y ya podía entender lo que había sucedido dentro de mí.

Entendí que nunca había sido bueno expresando mis emociones, que había guardado cada pena y cada pérdida dentro de mí, aferrándome al deber, al cumplimiento de aquello que me quedaba, negándome a mí mismo la vulnerabilidad. A mis cuarenta y dos años, tuve que aprender a ser vulnerable, y no tuve deberes para resguardarme en ellos, ni alguien más a quien cumplirle, pues mi hija había sido mi vida entera.

Le pedí a mi madre que me llevara un viejo álbum familiar. Así pude reflexionar sobre la importancia de dejar recuerdos gratos para más adelante poder seguir viviendo en ellos. Cuando Abrith me visitaba reíamos, pasamos horas en el bosque del hospital, y ella me abrazó con fuerza cuando le conté que pronto me darían el alta, pues me veían mucho mejor, además, pronto completaría el proceso de psicoterapia.

Mis jefes fueron muy comprensivos también con todo. Me llamaban de vez en cuando para preguntarme cómo estaba, y recordarme que tenía un puesto allí, que solo debía concentrarme en mi recuperación. Uno de ellos, conociendo la situación, me sugirió que me tomara un año sabático si era necesario, que podrían congelar mi contrato. Esa perspectiva me pareció muy llamativa: era la oportunidad para hacer lo que siempre había querido, que era ir a la Patagonia y conocer aquellos parajes de nuestra Sudamérica. Mi espíritu aventurero despertaba.

Salí del hospital con la mente lúcida, atesorando a aquellas personas que habían sido tan importantes para mí y ya no estaban, decidido a completar el resto de mi camino con ellas en mi corazón, e incluso me fui con algo de nostalgia, pues los médicos se habían convertido en amigos para mí después de ayudarme en el momento más difícil de mi vida.

Cité a Abirth para contarle mi decisión de emprender un viaje al fin del mundo. Ella me tomó del rostro, deslizó sus manos suaves y tersas sobre mis mejillas y cuello, y confesó que yo era el amor de su vida, así las condiciones en las que nos habíamos conocido no fueran las ideales.

No le dije nada. Simplemente, dejé que nuestros labios entregaran la respuesta en un tierno beso.

No había posibilidad de que estuviéramos juntos, o por lo menos, no en este momento. Nos abrazamos y nos despedimos.

Yo me iría a mi viaje y ella se quedaría al cuidado de su hijo. No hubo lágrimas ni reproches, solamente los mejores y más sinceros deseos. La dejé en la entrada de su apartamento. Ella descendió lentamente, dejó el casco en mi mano mientras nos tomamos de las manos por última vez, y partí.

La estadía en la clínica me enseñó la importancia del tiempo, las vivencias, el amor, el amor propio, y la familia.

Tenía que hacer esto.

5
Mensajes y relatos
La noche 82
(Abirth)

El día en que me despedí de Jhon, entendí que él había sido el amor de mi vida. Era de esos amores que permanecen para siempre en nosotros.

La muerte de la pequeña de Jhon me hizo abrir los ojos a la realidad. Comprendía que cualquier día a mí podría sucederme lo mismo. Juan Pablo podría dejar de respirar en cualquier momento, y los médicos podrían aparecer frente a mí, decirme que habían hecho todo lo que estuvo a su alcance y que no pudieron salvarlo. Tras ochenta noches seguidas de espera en el hospital, y pensando en Jhon, empecé a perder la esperanza.

A la mañana siguiente, recibí una llamada de Yesica.

Me dijo que un hombre que ella no conocía estaba en la entrada del hospital, preguntado por la salud de Juan Pablo, y que los médicos habían tenido una junta y necesitaban hablar conmigo.

Colgué y corrí al primer piso. Los nervios no me dejaban pensar. El transporte público me tomaría demasiado tiempo. Con el rabillo del ojo, vi la moto que ya se encontraba reparada por mi amable. Como era costumbre, mi gata parda decoraba el asiento.

Bajé a la gata lentamente mientras escuchaba su maullido. Abrí la puerta del garaje y emprendí mi camino hacia el hospital. Con la cabeza llena de pensamientos difusos y el corazón en la boca, sentí el viento que soplaba en mi cara y me imaginé a Jhon en su moto como un ave que es soltada del cauterio.

Dejé la moto en el parqueadero del hospital y subí a la recepción, pregunté por la persona que estaba buscando a Juan Pablo. La recepcionista me informó que estaba allí, de espaldas. Me acerqué sin poder creerlo.

—Juan, no puedo creer que seas tú —dije, sin saber qué decir. Sus ojos se llenaron de lágrimas—.

¿Qué haces aquí? ¿Por qué después de tantos años?

—Yo sé que nada que diga podrá recuperar el tiempo. Fui un cobarde al decidir marcharme. Hace unos días, fui a buscarte a la casa y tu inquilino me contó que siempre estabas aquí en el hospital. Me dijo que Juan Pablo está en un estado crítico.

—¿Nuestro hijo? —repetí con frialdad—. Mi hijo tiene doce años. Tú te fuiste hace diez. ¿Por qué estás aquí? ¿Para qué?

Miró hacia el suelo.

—No te voy a dar excusas ni discursos románticos. Tuve mucho miedo. No sabía qué hacer. Yo admiro tu valentía al haber cuidado a nuestro hijo con tanta dedicación y esmero, luchando tantos años con su enfermedad. Tú sí has estado aquí.

—No te voy a reprochar nada. No soy quién para hacerlo. Hoy viniste como el padre de Juan Pablo.

En ese momento, Yesica bajó para que yo pudiera ingresar.

—Hablaremos luego —le dije.

El cuerpo médico no le había proporcionado más información a Yesica. Subí al sexto piso y la junta medica empezó.

Me sentí muy preocupada. Hablaban en términos que yo no lograba comprender. Me preguntaba si Juan Pablo había muerto.

Mi mente estaba horrorizada, esperando una mala noticia. Primero la hija de Jhon, ahora la reaparición de Juan… nada parecía una buena señal.

En medio de la sala había una pantalla proyectando los exámenes de mi hijo, mientras explicaban y sus voces me resultaban incomprensibles. Sus rostros permanecían estoicos.

—¡Es favorable! —dijo el jefe médico de repente—. La peor parte de la crisis ya terminó. El tratamiento propuesto funcionó. Señora Abirth, no se lo habíamos comunicado para no darle falsas esperanzas, eso no hubiera sido responsable… pero ahora su hijo podrá salir de aquí y continuar con terapias físicas.

No pude creerlo. Había perdido tantas batallas y ahora… ¿ahora ganaba milagrosamente la guerra?

Juan Pablo volvería a la normalidad de un chico que padece este síndrome.

Me sentí explotar de alegría por dentro.

Bajé emocionada por los pasillos de hospital. Al llegar a la entrada donde permanecía Yesica, nos abrazamos. A mí se escurrían las lágrimas. Ella no sabía lo que había sucedido. Agachó su rostro frente a la mirada de Juan. Le grité:

—¡Yesica! ¡Juan Pablo salió de la crisis! ¡Van a despertarlo del coma inducido!

***

Al día siguiente, iniciaron el proceso del despertar. Anhelaba que

mi pequeño abriera sus ojos y me dijera “mamá”. Recuerdo en momento en el que lo hizo… fue en la noche ochenta y dos, aunque pasamos en el hospital una semana más antes de que le dieran el alta.

Llevarlo a casa fue, de nuevo, un cambio en mi vida entera. Su alcoba ya no estaba vacía, sino habitada por su dulce presencia. Teníamos terapias físicas, de lenguaje, de psicología, y estudiábamos. Los niños se recuperan más rápido que los adultos, y él no fue la excepción.

Cuando llegaba a casa y me lo encontraba allí, sentado en medio de su alcoba, rodeado de juguetes, con sus posters y muñecos de Spiderman, y su sonrisa que tanto extrañaba… en ese momento me sentía llena de corazón.

Su padre intentó estar presente. A veces llevábamos a Juan Pablo a caminar junto con Yesica.

Una mañana estábamos en el rodadero y un fuerte dolor inundó mi vientre. En ese momento, pensé que había hecho mucha fuerza para ayudar el niño a subir en el rodadero, pero el dolor persistió. No podía moverme, y fuimos obligados a ir a urgencias, nuevamente al mismo hospital.

Yesica se quedó cuidando a Juan Pablo y Juan fue conmigo. Pensábamos que era el desgaste acumulado de la hospitalización de Juan Pablo, que había sido tan dura para mí… pero ese día fui yo la que pasó la noche en el hospital. ¿Cómo podía ser?

Sus sospechas fueron verificadas. No era un simple malestar. Tenía un tumor en el páncreas, y debían hacerme una cirugía.

No podía creer lo que estaba pasando ahora.

La pesadilla no había terminado, solo se habían cambiado los roles. Juan Pablo estaba en casa con Yesica, su padre pagaba por todos los gastos, y yo estaba allí, sola en una camilla.

Recordé las cartas que había escrito para que Juan pablo conociera mi historia y la de mi familia.

Llamé a Juan por videollamada y le hice una petición:

—Quiero que tomes las cartas que están en mi bolso café… sí, el que yo usaba esos días… quiero que te encargues de leérselas a Juan Pablo. No sé si yo vuelva a casa… pero quiero que él sepa quién fue su madre, quién fue su familia.

Ese día, me miraba justo como el día en que nos conocimos, pero también con la trasparencia de un cariño profundo. Me dio un beso en la frente y salió con la cabeza agachada.

A la mañana siguiente, me llamó. Me dijo que estaba en mi casa, cumpliendo su promesa. Estaba sentado en la sala junto a Yesica, leyéndole a Juan Pablo, que ponía atención.

Supe que antes de morir, tenía que terminar este mismo borrador que estás leyendo ahora.

Carta 1: junio, cinco de agosto.

Recordamos la tradición de nuestra familia desde el principio del siglo pasado, el día en que un robusto y apuesto hombre, después de varios días de caminar por lugares polvorientos y bellos paisajes, arribó a un municipio llamado Carmen de Bolívar. La espléndida belleza del sitio lo cautivó, pero más que semejante resplandor natural, fue la hermosa naturalidad de una mujer sencilla, como eran las mujeres de aquella época. Ellos fueron mis abuelos.

De su unión nacieron once hijos. Entre ellos estaba mi padre, un niño de apariencia frágil, aunque agradable físicamente. Sus largas orejas y de una alta inclinación serían el atributo que las personas más recordarían. Mi padre trabajó toda la vida, empezó desde los siete años. Ocupaba el segundo lugar de sus hermanos de mayor a menor, y por ser los hijos mayores, su padre se los llevaba a trabajar para que se ganaran "el jornal", como él decía. Su pago era algo mínimo ya que eran niños y apenas estaban aprendiendo. Unos cuantos centavos en el bolsillo eran suficientes para él.

Mi padre siempre tuvo una particular costumbre a la hora del almuerzo. Cuando servían la ración diaria, una gigantesca arepa de maíz blanco hacia parte del menú, pero él nunca se la comía. Con mucho cuidado, la empacaba sigilosamente y la guardaba. De vuelta en su hogar, se la daba a su madre, a quien él llamaba "mamita señora". Era un modesto gesto que la mujer siempre agradecía a su hijo, y luego la repartía en partes iguales entre sus hermanos menores.

El niño creció trabajando y se convirtió en un joven de estable situación económica. Ya se encontraba en la edad de hacer un hogar, o por lo menos así era en aquella época.

En el cumpleaños número veinticinco de mi padre, se encontraba departiendo junto a mis tíos menores y mi abuelo en una tienda del pueblo. Era un domingo veinte de enero, y en medio de la celebración, se inició la temida conversación.

—Hijo, ya es hora de que haga un hogar como su hermano mayor. ¡Sea un ejemplo para sus otros hermanos!

—Papá, de eso quería hablarle precisamente.

—¡Claro, hijo! ¿Cuál será la afortunada?

—Papa, lo que voy a decir le resultará inaceptable.

—¿Qué pasa?

—Estoy enamorado de mi prima.

—¡Este en un chiste de mal gusto! —gritó mi abuelo, histérico.

—¡No es un chiste, papá! ¡Es la verdad! ¡No podría explicarle lo que siento por ella! ¡Voy a hacerla mi esposa!

—Esta conversación se acaba aquí. Ni una palabra más acerca de este tema. ¡Mañana viene al pueblo, se confiesa, y se arrepiente si no quiere que su tío lo mate a plomo! —sentenció ante la mirada aterrada de sus hermanos.

El lunes veintiuno de enero, mi padre ya estaba rumbo a el pueblo a visitar la parroquia. Había caminado tres horas en una carretera destapada y con sus pies descalzos, como penitencia. Antes de ingresar al pueblo, suspendió por un momento su marcha. Sacó de su mochila un par de zapatos negros, bien lustrados, y se los puso. Necesitaba estar bien presentado.

Se vistió como para una fiesta de gala, con camisa blanca y pantalón negro, e ingreso al pueblo.

Se detuvo frente al parque, donde se encontraba la parroquia. Levantó su cabeza mirando la hora. El reloj en la cima de la edificación marcaba la una de la tarde.

Subió los escalones, inclinó su cabeza y cuerpo en señal de reverencia. Con sus manos hizo el símbolo de la cruz y se encontró con la imagen de Cristo crucificado que reposaba arriba del altar. Sentía que sus ojos lo miraban con compasión. En ese momento, una mano se posó sobre su hombro:

—Hijo, has venido a la casa del señor un lunes. ¿Qué podría traerte por aquí? ¡Estoy muy agradecido por tus ofrendas! —dijo. Ya se conocían desde años atrás.

—Vine a confesarme

—Cuéntame tus pecados.

—Me enamoré de una mujer que no puede ser mía.

—¿Por qué no podría ser tuya?

—Porque es mi prima. Es la hija menor de mi tío.

—Es imposible que sea tuya. Tú lo sabes. Es un pecado imperdonable. Dos primos hermanos no podrían casarse ni mucho menos concebir hijos. ¡Dios te perdone! ¡De penitencia, harás cien padrenuestros, doscientos avemarías, y vendrás a los servicios de los sábados, además de la eucaristía dominical durante cuatro meses! También tendrás que comulgar. ¡Recapacita! ¡Recapacita!

Mientras tanto, en casa, mi abuelo era un hombre tosco y su cabello era casi blanco. Intentó decirle a su esposa lo que estaba sucediendo. Era un hombre que gritaba todo el día y no permitía a su esposa opinar en nada.

—Mujer, ¿qué piensa de lo que dice nuestro hijo?

Ella simplemente lo miró mientras hacía las labores en la cocina. Impulsaba leña a la estufa que por la parte inferior arrojada los residuos convertidos en ceniza. Tomó un poco de aquel polvo gris y lo expandió sobre su mano, masajeando y haciendo un suave movimiento. Solo escuchó lo sucedido al día anterior en la tienda

del pueblo. Ella le sirvió lo de todos los días: una bebida hecha a base de caña de azúcar, miel y agua que se fermentaba durante días y se servía en una totuma, una vasija sacada de un árbol. Esta bebida se le servía a la gente cuando estaba cansada.

Aquella tarde, el abuelo estaba ofuscado. Para él no había sido un día más. Los hombres comían en el comedor y las mujeres en la cocina. Mi abuela se esmeraba en servirles a los hombres, en compañía de sus cuatro hijas mujeres, que se quedaban en casa cocinando y limpiando. Mi abuela no dejaba de ver a mi padre en ese momento.

Al finalizar la cena, cuando todos ya se iban a dormir, mi abuela recogió la losa que había quedado sobre la mesa, y mi padre permanecía sentado en una silla, con sus manos sobre la mesa de madera.

—Mamita señora, ¿qué pasa?

—Tengo algo de sequía —respondió ella y se sirvió un poco de guarapo, y le dio un poco a su hijo—. Hijo, le voy a dar mi bendición.

Él no esperaba eso.

—¿Por qué mamita señora?

—Porque yo sé, hijo. Es lo que hay que hacer cuando alguien se va a ir.

Esta mujer de pocas palabras simplemente inclinó su cabeza y lo persignó, le sirvió un poco más de guarapo y se fue a dormir.

Para mi padre, fue algo inexplicable. Sintió miedo y angustia de lo que pudiera pensar su mamá, pero con ella a veces solo hacía falta el lenguaje verbal. Él ingresó a su dormitorio, intentó recostarse y conciliar el sueño sobre cama hecha de estibas y calcetas provenientes de las matas de los plátanos; eran tan duras que ahora servirían para un tratamiento lumbar. Duró aproximadamente dos horas con su mirada fija en el techo, y de un momento a otro se puso de pie, tomó un pedazo de papel y escribió algo ahí. Salió del dormitorio que estaba al pie del comedor y dejó la nota sobre la mesa de madera. Luego, puso encima la totuma que horas atrás su madre había usado. No quería que el viento se llevara su último mensaje.

Mi abuelo se marchó entre el ruido de los animales y el vaivén de las hojas de plátano y café, guiado por el viento hacia un nuevo amanecer.

Esa noche cambiaria la vida de ese joven, y empezaría la historia de mi familia.

Mi abuelo caminó veinte pasos antes de mirar atrás, pero en ese momento entendió que debía irse.

Esa había sido la primera carta que había escrito la historia de mi

padre, mi gran amigo, mi ejemplo siempre. Él falleció un año antes de que tú nacieras, querido Juan Pablo, y nos supo dejar como herencia su constancia, su disciplina, y su amor.

Espero que tú también crezcas para ser constante, disciplinado y amoroso.

Carta 2: veinticuatro de septiembre.

¿Te llegará la felicidad algún día?

Sí, hijo, te llegará, pero no será cuándo consigas todo lo que deseas, sino cuando disfrutes, valores, y agradezcas todo lo que tienes.

Cerré mis ojos por unos segundos. En ese momento, alguien apoyaba su mano sobre mi hombro, y sus gritos me despertaron:

—¡Bogotá, Bogotá, Bogotá! —exclamaba el conductor del trasporte intermunicipal para informar que estábamos en la terminal. Ya habían descendido del vehículo todos los pasajeros. Tomé la maleta en mi mano, me levanté de la silla, y caminé desde la parte trasera del bus mientras le preguntaba cuántas horas habían pasado desde mi abordaje al trasporte.

—Diecisiete horas con veinte minutos —me respondió él—. Eso fue lo que duró el viaje.

Luego me solicitó descender rápidamente.

Ya en tierras capitalinas, intenté apreciar cada detalle del lugar.

Una señora que vendía dulces me dio confianza para acercarme. Después de comprarle una botella de agua, le pregunté:

—¿Sabe usted dónde queda esta dirección? —le pasé un pedazo de papel.

Para aquel momento, yo no sabía leer ni escribir muy bien, así que la señora tomó en su mano la nota e interrogó a varias personas que estaban alrededor del pequeño puesto de dulces. Un señor alto y vestido con ropa de trabajo nos respondió, bebiendo de su vaso de tinto:

—Es muy fácil llegar. Tome el bus azul oscuro y ese la lleva a la cincuenta y tres con circunvalar. Allá encontrará conjunto de edificios. Tiene una fachada negra y un letrero dorado. ¡No tendrá ningún pierde!

Agradecí la amabilidad de aquel caballero.

Hice una corta reverencia con la cabeza para dar las gracias y guardé mi nota en el bolsillo. No quería perderla, pues mi madre había hecho su mejor esfuerzo para escribirla de su puño y letra.

Lo que no me hubiera imaginado era que esos conjuntos estaban rodeados por un hermoso paraíso natural: una reserva con vista a la

ciudad. En medio de la ecología, los frondosos árboles que dejaban caer sus hojas, y una leve lluvia, brotaba un olor a campo indescriptible, y mi mente me transportó a mis tierras, a mi municipio rodeado de agua, llanuras montañosas y aire fresco que siempre me había parecido un edén.

Me paré en la entrada del edificio, pregunté por la señora donde iba a trabajar.

—¿Se encuentra la señora Carmen Villamarín?

La mujer de ojos azules como el mar, cabello entre canas y tintura rubia, y piel de niña, a pesar de sus cincuenta y cinco años, se acercó a mí, extendió su mano y estrechó la mía.

—¡Usted la muchacha recomendada por la señora Flor!

—¡Ajá! ¡Soy yo! —respondí. Sostuve su mano sin saber que ese apretón de manos me convertiría en lo que soy.

Trabajaría en el apartamento 601, que era un pent-house habitado por doña Carmen, su hija Aura y su esposo don Andrés. Ese lugar me hacía sentir en el palacio de Buckingham, pues la sala estaba decorada con un gusto impresionante, decorada con cuadros de diferentes lugares del mundo. Vi la foto de un anciano con una leyenda en la parte inferior. Había porcelanas, espejos, y una lámpara gigante

Ingresé a la cocina y al cuarto de planchado.

La hija, Aura, me pidió una camisa planchada para su esposo.

Ahí fue donde cometí mi primer error laboral: tomé la plancha caliente, la puse sobre la prenda, pero la deje mucho tiempo y al levantar el artefacto la camisa se quedó pegada.

Me sentí muy asustada. Muchos incidentes como aquellos me pasaron, pero poco a poco aprendí, me convertí en parte de aquella familia, me hacían sentir indispensable para ellos.

Una noche, todos salieron a cenar y yo me quedé junto a la ventana, observando la oscuridad de la noche y recordando el motivo por el que había llegado a Bogotá.

Hijo, yo soy desplazada por la violencia. Mi municipio se vio envuelto en un ataque el dieciocho de enero del ochenta y cuatro. Eran los once de la noche y estábamos durmiendo cuando sonaron los aviones fantasmas. Había también un helicóptero que daba vueltas en el cielo iluminado de estrellas.

No supe bien lo que pasaba, pero en la cabecera municipal entraron cientos de hombres armados. Llegaron por todas y cada una de las vías de acceso, se tomaron el pueblo y todos quedamos allí, desprotegidos y vulnerables.

Mis padres no nos dejaban salir, nos escondían detrás de ellos. Mi padre guardaba silencio, hablaba con mis hermanos mayores de los rumores que llegaban de los vecinos. Mientras mi madre, mi

hermana y yo hacíamos las labores del hogar, a la puerta llegó el compadre de mi papá, gritándonos:

—¡VÁMONOS COMPADRE! ¡NOS ESTÁN MATANDO! ¡DISPARAN CONTRA TODO EL MUNDO! ¡COJA LOS NIÑOS Y VAMOS AL MONTE!

Y así tuvimos que hacer, dejando todo atrás.

Primero salió mi madre con mis dos hermanos menores, mi hermana y yo, y después vinieron mi padre y mis dos hermanos mayores. Había una balacera. En las calles caían niños, jóvenes y ancianos, muertos o heridos. La gente escapaba despavorida, los perros ladraban… mi municipio tendría pocos habitantes… todos nos conocíamos, siempre habíamos habitado aquel paraíso, y ahora corríamos juntos, pero no más rápido que ellos.

Mi hermano mayor, que iba en parte de atrás, no corrió con buena suerte. Junto con otras sesenta personas de diferentes edades, entre ellos el profesor del colegio y el presidente de la junta acción comunal, fueron llevados a la cancha de futbol del pueblo. Mi madre nos imploraba que nos devolviéramos a buscarlo, pero mi padre caminaba más rápido, sin mirar atrás, con mis otros hermanos.

Nos escondimos entre la maleza, sin alimento, a unas dos horas del pueblo. Solo escuchábamos gritos de vez en cuando, gritos que podrían ser de mi hermano. Fueron días y noches en la que no sabíamos nada de los que se habían quedado.

A las dos de la tarde del veinte de enero, la fuerza naval llegó para hacernos saber que "había cesado la horrible noche". Nos sentimos como si hubiéramos estado en cautiverio toda la vida, y en ese momento volviéramos a nacer.

La gente se devolvía corriendo: madres, esposas, hijas, eran las que más esfuerzo hacían de llegar rápido y saber qué había pasado con los de la cancha de futbol.

Al ingreso al pueblo el panorama fue desolador. Un viento recorrió el lugar, levantando la arena de las calles, y vimos cómo nuestro espacio de actividades recreativas, escolares, camaradería, y familias se había convertido en un campo de guerra y muerte.

Mi madre se desplazó en medio de la multitud, y mi padre no permitió que avanzáramos. Nos quedamos a veinte metros mientras mi padre me tapaba los ojos, pero no había necesidad, pues los gritos desgarradores de mi madre nos hacían suponer lo sucedido.

Hice lo posible para ver y me encontré con mi madre alzando y abrazando hermano que estaba bañado en su propia sangre, ya casi seca por el sol. En esa misma sangre lo había traído a la vida… ¡cuánto dolor había en aquella escena!

A su lado lloraban sus comadres amigas, también sobre los cuerpos

de sus familiares fallecidos. Mi hermano se encontraba enterito, pero otros estaban desmembrados. Los pocos sobrevivientes decían que había sido una masacre, entre ellos el gaitero, al que no habían matado porque lo hacían sonar las gaitas cada vez que ellos disparaban, como si celebraran el horror y la muerte.

—¡Que suenen las gaitas! —gritaban aquellos hombres y mujeres armados, aquellos monstruos ante la suplica por su vida de cada ser humano. Eso nos decía el gaitero con su mirada perdida en el espacio, incapaz de huir de aquella pesadilla.

Aquella pesadilla… eso le ocurrió a nuestro pueblo. Se hizo un entierro comunitario. Cada quien, como podía, trataba de encontrar a su ser querido. En una casa desalojada, los hombres cavaban las tumbas con sus propias manos. Mi padre y mis hermanos también ayudaban. Cada familia se encargaba de llenar con tierra y flores secas los cuerpos. No alcanzarían los ataúdes tantas personas, y casi todos fueron enterrados como estaban vestidos.

El dolor acompañó a cada ser humano. Hubo una ceremonia católica para todas las familias, con palabras entrecortadas y el miedo más profundo, pues sabíamos que no era más un lugar seguro, y nunca volvería a serlo.

Todos huimos a diferentes lugares, la gran mayoría a Cartagena, pero yo me vine para Bogotá. El pueblo se quedó abandonado, aunque abandonado ya estaba desde hacía mucho tiempo.

¿Sabes por qué te cuento esto? Porque quiero que sepas que, aún después de algo tan horrible, tu mami fue capaz de ser feliz, enamorarse, sonreír, llorar, y vivir una vida maravillosa. Eso es justo lo que quiero que hagas tú, siempre que veas a la adversidad o al dolor, debes seguir adelante pase lo que pase, y debes disfrutar la alegría, la tristeza, la risa, el viento, el agua, el amor, el estudio, el trabajo, y cada partecita de la vida. Como dice un libro que me gusta mucho, Juan Salvador Gaviota, tienes la libertad de ser tú mismo, tu verdadero ser, aquí y ahora, y no hay nada que te lo pueda impedir. La vida está llena de momentos buenos y malos, pero siempre que una etapa termina, llega otra distinta, y quiero que sepas que siempre, siempre, hay una razón para vivir.

Como dice aquel libro que espero que leas algún día: "una etapa ha terminado, y ha llegado la hora de que empiece otra."

Me pregunté lo que pensaría mi hijo de mis cartas. Había un cuaderno entero de hojas amarillas de anécdotas y experiencias para él.

Después de que la enfermera me diera los medicamentos, le pedí que me acompañara un rato. Quería hacer unas videollamadas y no tenía fuerzas para levantar el teléfono.

Primero llamé a Martha, la madre de la pequeña Emily.

Me contó que Emily estaba estudiando, mientras que ella seguía trabajando, vendiendo postres con su esposo en la plaza de Rionegro. Me dijo, con su voz jocosa, que ella sabía que yo me recuperaría porque yo tenía más vidas que un gato y más fuerzas que un toro, y que por allá me esperaba.

Después llamé a Jhon. Él estaba en Argentina, en la Plaza de la Libertad. Me dijo que no podía creer lo que había visto, lo que había vivido, y que me recordaba con todo su amor. Que no podía esperar para regresar y volver a verme, volver a besarme, y quizás llevarme algún día a conocer los lugares que él había visitado.

Al colgar, recordé mi vida y noté lo afortunada que había sido: fui madre, fui hija, fui sobrina, fui amiga, fui esposa, fui novia… encontré la felicidad, caí muchas veces ante los obstáculos, pero siempre pude levantarme. Viví cada momento con gratitud. Disfruté el sabor del café, el olor de la lluvia, el viento sobre mi rostro, y supuse que, apenas todo terminara, eso era lo que sentiría: viento en mi cara.

Haría una última llamada, pero al final preferí pedirle a la enfermera que me prestara un esfero y un papel para enviar una nota a casa.

"Juan: dicen que las cosas pasan por algo. Parece ser que ahora tendrás la oportunidad de corregir tu mayor error. Cuida de tu hijo. Sé que tú podrás hacerlo. Sé, en el fondo de mi ser, que no me equivoqué hace tanto tiempo cuando te escogí para ser el padre de mi hijo. Dile a Yesica que siempre estaré muy agradecida con ella. Quiero, además, que tomen todo lo que escribí en estos meses y se lo den a Juan Pablo, así, el sabrá que tuvo una mamá que siempre lo amará. ¡Prométeme que tomarán todos mis escritos y los cuidarán como un tesoro!"

Esperé mi próxima cirugía con cierta tranquilidad.

Si tú estás leyendo esto hoy, significa que esa promesa se cumplió.

EN MEMORIA DE J.A.R.M.

Agradecimientos

A mi familia, los Hernández Ruiz y los Ruiz Moreno por ser mi apoyo incondicional, y a todas aquellas personas que pasan por momentos difíciles. A @yessylash por compartir su historia, y a @ManuelaVergel por sus horas de escucha.

Paola Hernández



Paola Hernández

Una mujer apasionada por escribir, pintar, pensar, aprender de otros, estar en movimiento, hacer negocios, caminar, escuchar a la gente y dormir. Como buena Bogotana, disfruta de la diversidad de culturas y personas que habitan la capital sin hacer distinciones. Es una mujer alegre, optimista, agradecida por cada día que puede despertar, por su familia, sus amigos y todos los que comparten un poquito de sus vidas con ella. La reconocen por su cordialidad, respeto, constancia y empatía, y adora la gastronomía, desde las comidas típicas hasta las internacionales. Busca explorar y conocer nuevos restaurantes con enfoque temático. Le encanta la música del Puma, Ricardo Arjona, y Franco de Vita.

The Untitled Book Project

¿Te gustaría **escribir un libro desde cero**, pero no sabes cómo

comenzar? ¿Quizás tienes **una historia sin terminar** en tu PC, una idea increíble que te lleva dando vueltas en la cabeza desde hace años, pero no has logrado terminarla y necesitas ayuda? ¿O puede ser que tengas **una historia terminada** en tu computadora o tu teléfono y **te gustaría publicar y verla en librerías justo como este libro que tienes en la mano**?

¡Publica tu libro, tu saga, tu comic, tu manga, o tu guion con nosotros y llega a millones de personas alrededor del mundo! ¡Las mejores historias no están afuera, están en los computadores y en **los corazones de personas como tú**!

The Untitled Book Project de **Hampstead Heath Books** te acompañará a hacer **tu sueño realidad**.